

el mismo

autor:

publicarse:

uestra Cartilla de

Quince Años

(Novela de estudiantes)

En preparación:

Durmientes

(Novela)

cuador)

cuador)

ombia)

ezuela)

(Perú)

(Cuba)

césar ricardo descalsi

ghismondo

novela

primera edición

prólogo de agosto arias

ilustraciones de
diógenes paredes

quito, diciembre de 1932

ecuador

s. a.

**Es Propiedad
del Autor**

TIP. L. I. FERNANDEZ

Mi Protesta:

Ayer fuí a ver, un tanto nervioso, al que debía comprarme la máquina de escribir.

Hoy tuve que empeñar mi raqueta de tennis, una máquina fotográfica y otras cosas más, que han estado alegrando mi juventud. Yo no se cuando las sacaré. Todo quedó escondido tras las manos del usurero. Sólo así podía llegar a completar lo necesario para la publicación de esta novela.

Antes de esto fuí a hablar con el Subsecretario de Educación y el Regente de la Imprenta Nacional. Todos tenían la buena voluntad de publicarla pero, solo había campo para las obras voluminosas de sus amigos. Abandoné entonces su protección y me lancé decidido a sacarla yo mismo, realizando el esfuerzo máximo de mi entusiasmo. Pienso en la derrota de este libro y me sonrojo. De pronto reacciono y formulo la buena voluntad del lector.

Sólo quiero que conste mi protesta contra ciertos individuos de filiación de avanzada, que no dejan de tener un residuo de prejuicios en su manera de obrar.

César Ricardo Descalzi

Palabras Iniciales

Hugo Wast en su reciente volúmen «Confesiones de un novelista» se ha ocupado, en el tono clásico de la confidencia, de la génesis de varios de sus libros y al trazar apuntes de lectura, anécdotas de otros novelistas, al referirse a ese género de creación y de invención, de poesía y realidad, de historia y drama, de carácter y de paisaje, al descomponerlo en sus ramificaciones varias y al recomponerlo en sus cualidades múltiples, nos deja observar como la mayor parte de sus logros juveniles y hasta la otoñal madurez de sus relatos, se deben, en principio, los unos a la nitidez de sus memorias niñas y los otros a la transfiguración, consonante con la verdad, de sus mejores recuerdos.

Quizá en la plática, talvez novelesca por su graciosa reviviscencia del castellanísimo escritor argentino, pueda encontrarse una de las definiciones universales de la novela: realidad, por cuanto parte de datos humanos, casi siempre de retazos de autobiografía o de perfiles de observación, de íntimos recuerdos que han de clarear para el mismo escritor como milagros que llegaran de paraje desconocido e invención, fantasía, existencia creada, desde que las facciones y los ademanes, las figuras y las escenas, los desplazamientos y los arribos, la partida y el término, el jalón y la suspensividad que se abre para el lector como remota adivinación de las vidas que se quedan, de repente, abandonadas a su destino en

las rutas de la novela, no han de reproducirse ni con veracidad histórica, ni con regular imagen fotográfica. Tal es, por lo mismo, la ya distante y pueril pasión de la muchachita que pretendía volverse heroína de novela: prefigurada y, sobre la huella de sus mismos pasos, frustrándose a cada instante.

Por otro lado, y en cierta oposición a las líneas antecedentes, una tendencia de la novela contemporánea es la de que sus racimos sean masticados como en el realismo de la viña y sus personajes no se escapen, como en los cuadros románticos, hacia distancias de nebulosa imposibilidad, por demasiado asombradizos o por su virtud de volverse perfectos, rompiendo el estatismo que les sujeta. Empero, jamás llegarían a una completa singularidad en la vida artística. El héroe de la epopeya, por ejemplo, siempre ha de alejarse en contorno mítico y el verísimo campesino ruso, por más que se nos acerque con su crudeza y su ponderación sobre la estepa, estará rodeado de reflejos de novedad que le diera el novelista.

«Ghismondo» es la primera novela de César Ricardo Descalzi. No ha de ser la única pues el joven autor amanece con cantera repleta y el constructor se revela con hábiles y espontáneos dones. Sabe mirar y esto es ya bastante para quien romperá nuestro silencio con sus relatos de las escenas vividas o imaginadas, o de ambas cosas si lo queréis.

¿No os parece que aquí clarea el alba de las memorias, aún cuando ya se adelante el mediodía, que tiene que ser, precisamente, lo advertido, lo creado, lo fijado con antelación?

Retazos de memorias de colegial a través de las cuales pasa una alegre zozobra de adolescente. Son-

III

risa traviesa que no teme rozamientos con las adusteces de los ceños y, de pronto, en los paisajes que nos parezcan mas propicios a la caída de la llovizna romántica, en los cuadros que casi se vuelven de lirismo, sobre los escorzos mas delicadamente formados, el brillo rápido del alfanje irónico, la tramutación inesperada.

Su «Ghismondo» es el perro que parece un hombre, al contrario del maravilloso cuento de Arévalo Martínez en el cual destaca su rostro alargado, inteligente y enfático, un hombre que parecía un caballo. «Ghismondo» da nombre a la novela, y aún cuando su paso se acuse de humildad, el can persigue a veces rastros simbólicos. Del alma de los perros trató con su originalidad de paradoja el cronista Zoiza Reilly y de la menuda crónica de Camba pudo escaparse un día, como un agudo ladrido, el desdén que deben sentir los perros por los hombres que se les parecen.

Por la novelita de Ricardo Descalzi pasa un aire de hospedaje que no es propiamente el de la desconfianza de la vida, sino mas bien el de no querer incautarse de la campiña y el de pasar, de propósito, porque se es joven y ágil para que la primera estación lo atraiga y retenga. La hacienda es del amigo. Las vacaciones son ajenas. La india es del indio. Los libros han sido olvidados. Hay un poema metafísico que pugna con la realidad de los diez y ocho que revientan en flor.....Solo «Ghismondo» es de la fidelidad canina y del olfato eriabundo. Sería buen poeta de los paisajes y lanudo y corpulento como los de la sierra alta, lanzando su prolongado aullido contra la colina, daríase al fresco indigenista con la fuerza complementaria de un frío gris de pá-

IV

ramo o con la proximidad del parasol de lana del indio boyero en cuyo poncho se recuesta el sol sobre la algarabía del tejido multicolor.

Entre los relatos ecuatoriales reclamará su asiento de Benjamín el de César Ricardo Descalzi, este simpático recién llegado a los campos de la literatura, el cual fué mi alumno y mi amigo en el aula y en el que recuerdo haber sorprendido, cuando sus ojos traviosos me atisbaban por detrás del libro, la mensura de la campiña y en miniatura de propósito, las figuras que se van colocando en la escena de la novela.

Augusto Arias

Para mis amigos....para las
pipas que viajen por los re-
codos de las noches hundi-
das....para los árboles.....
para las gorras estrujadas
de los hombres vagabun-
dos.....y para Ghismondo
como un recuerdo.....

I

Regreso de noche a la casa. ¡Qué frío que viene por las calles curvando las esquinas, para meterse hasta el alma! Dan las doce. Por este barrio ya nadie va. Todos se han metido a dormir. Solo mis pasos retumban en la noche, que tiene olor a aparecidos y crimen.

El viento viene encajonado en el cauce de esta vía y azota como un aluvión a mis cabellos que se lanzan al espacio, en forma de llamaradas. La corbata está nerviosa, flota como una bandera y me acaricia el hombro. ¡Qué mano tan suave tiene la corbata!

Un perro llora. Se va por el centro de la calle, sin que nadie lo moleste. Ahora puede hacer lo que quiera. Sé enrrolla y se pone a dormir. ¡Qué dura debe ser la cama de asfalto! Si viene un auto lo mata. Pobre perrito sin dueño que lleva la miseria, metida en su cuerpo. Creo que es amarillo. No lo distingo bien. Bueno. ¿Y que tengo que ocuparme de él?

Mis manos van metidas en los bolsillos. Los brazos ajustados al cuerpo. Me imagino que no soy yo y comprendo que así represento una figura bien triste, vulgar y sin atracción.

Entonces me consuelo pensando en un porvenir mejor. Supongo que vengo charlando con una muchacha cualquiera. Que yo le haya dicho algo y que ella me haya impresionado con una sonrisa inocente y con fracesitas coquetas, que sabían a amor.....

Voy pomposamente por el centro de este cañón de calle. Casas que me hacen pensar en los terremotos y en la muerte, suben desde el suelo. Me considero pequeño junto a ellas y siento la rabia de lo imposible. Como quisiera arrojar la columna de aire que cae sobre mi espalda, y alargarme con un poste. ¡Oh la arrogancia física de un hombre poste!

Llego a la casa. ¡Qué obscuridad del zaguán! Han apagado la luz y eso me choca. Se me viene a la mente una idea macabra. Que pensamiento más tonto. No creo en nada y sigo.

Enciendo el foco en mi cuarto y pongo el sombrero sobre la mesa. Allí hay lo de siempre: cuadernos, tinta, secante. Me entra fastidio al ver solo eso. Me desvisto y me tumbo a dormir. Se que esa noche no voy a estudiar y los ojos se me cierran suavemente.

Medito. Reconstruyo historias inventadas para entretenerme. Esa tarde he visto a una pienso en ella, largo.....largo....Me la figuro hecha para mi. Su cuerpo ahorcado en la cintura. Sus pechos duros y tiernecitos. La media café. El zapato de medio taco. Su melena desatada.....para hundir en ella mis palabras.....Su risa alegrándolo todo.....incitándome.....la luz se ha queda-

do-prendida hasta el día siguiente.....Hasta el día fatal de estudiar esos libros y vestirse de mañana para ir al colegio. A quedarse castigado. A batirse con los bedeles. A que le tomen las lecciones. A mirar las caras sonrosadas de los bancos quietos. A reírse de gana. A charlar con ese que siempre nos dice lo mismo....a....a....

Siento a veces rabias de que el reloj de las horas, de escuchar la bocina de un automóvil, de oír gritar, de ver fumar, de ver reír, de....¡Oh Dios mío! A veces pienso que estoy loco....y tiemblo....y grito....y me quedo hablando a mi mismo....Atormentado con la fobia de la tristeza, sintiendo despecho de ver que esa artista pegada allí frente a mi mesa, se ha quedado con los ojos fijos, clavados en mi rostro.



Si las noches no fuera a pasar con mis amigos, creo que mi vida sería insoportable. Con ellos se juega al poker, se fuma, se baila. Uno regresa a la casa tan satisfecho, que se le hacen llevaderos estos años de fórmulas y silogismos.

Un amigo mío es poeta. Hace versos y los recita. El otro sabe más de mujeres que de nada. ¿Yo? Viviendo mi vida, rutinaria..... hundida a veces por la desesperación.....por las burlas de ese....por la tangente de alpha.. por el dinero que se escapa de las manos, sin motivo, de gana....¡Oh!

Con ellos se discute de filosofía y de literatura. Es decir, mezclamos las dos cosas porque así queremos. Charlamos de Remarque y Barbusse, de Darío y Gabriela Mistral. En fin de todo lo que se nos antoja.

Para mi concepto Remarque es un escritor puramente sencillo. Sin pretensiones. Alejado del mundo. De los hombres. De todo lo que le rodea. Su vida le es indiferente. Ha sentido a la muerte, le ha visto destrozando juventudes y le ha despreciado con la sonrisa terrible de la indiferencia. ¡Oh la filosofía humanamente santa, que dicen sus páginas!

Gabriela Mistral tiene en el alma un girón de amor de madre, y en su canto a Bolívar un grito enorme de incompetencia. Escudero es fogoso como el *galope de las montañas*, lo interpreto castigador, cuando nos habla de mujeres doblegadas bajo el ritmo cadente de un cuerpo hecho carne, por obra y gracia de esa propia carne.

Augusto Arias contempla en silencio el alma mística de Mariana de Jesús ¡Oh la suavidad descalza, de sus versos franciscanos!

¿Y Carrera Andrade? Aquí está otro que es fecundo como la tierra que parió a los indios, a las ramas altas y a las aves que parten.

¡Montalvo! El maestro de juventudes, el que en un momento de esbelta indignación dijo: «Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo».

Y al recordar todo esto los tres nos son-

césar ricardo descalzi

o p u n o m o s a

reímos, porque somos jóvenes y nos creemos fuertes; mientras en mi mente que divaga, veo perfilarse las siluetas de aquellos, para quienes la rebeldía de las juventudes, enardeció sus instintos salvajes.

Durante nuestras discusiones fumamos y jugamos ajedrez. Yo sé menos que ellos. Siempre me ganan. Salgo con el peón del rey. Ese es mi primer paso y creo que a nadie interesa. ¡Ah! Sentirse satisfecho al despejar la reina. Hacer saltar bajo el mandato de la voluntad a los caballitos indómitos. Avanzar en hilera, codeándose, defendiéndose, atacar, vencer alguna vez....y....

Será porque al mover las fichas del tablero, iniciamos estos combates, que volvemos a hablar sobre la guerra. Ese es nuestro tema, siempre que nos ocupamos de eso. De nuestras almas sale un grito de protesta contra ella. Contra el dolor enorme de ver al hombre tendido en la tierra, muerto por el fusil miserable de otro hombre, supuesto enemigo. ¿Enemigo? Si. Por un río que corre, por un monte desnudo. Nuestro grito de indignación contra la angustia espantosa de dejar a los hijos sin pan. A esos mozos que irán por el mundo mordiendo el hambre, en los hierros de un presidio.

¡Oh la voz de protesta de los labios muchachos que entonamos la paz, con el abrazo íntimo de nuestros corazones hermanos!

S
E
R
V
I
C
I
O

C
E
S
A
R
I
C
A
R
D
O
D
E
S
C
A
I
N
I

II

Hoy toca francés, pero tengo tan pocas ganas de irme....que al fin me decido y no voy. Es que esa clase me cansa. Metido en una atmósfera fría, alborotada de palabras repetidas veinte veces y que muchos no las entienden. Leyendo constantemente el mismo libro, como muchachos de escuela. No. No me voy. Es preferible faltar al colegio. Andaré por los campos con mi pipa prendida y «Las ciudades y los años» de Fedin bajo el brazo. Compraré tabaco, un poco de pan, cualquier cosa más, pero no iré. Me entran ganas de ser un vagabundo y lo seré esta mañana, lo seré porque lo quiero y basta.

Voy con paso lento....arrastrándome. Metidas las manos a que se calienten en los bolsillos. Voy con mi cara indiferente hacia las puertas de las casas, hacia las vitrinas des-perezadas de los almacenes. Siento placer al pisotear un papel con el retrato de alguien. Esa mujer gorda que se menca oronda, balanceando el brazo. Aquí me gritan que compre el periódico, pero me da desidia sacar la mano del bolsillo y pagar. Además habrá lo de siempre....retratos....anuncios....revista del mercado....y el nombre del periódico.... ¡Oh! Que por lo menos le quitaran esto, por-

que ya me choca el molde y las letras de ese nombre.....

Esta calle sin sol. Siento frío al mirarla.... clara, como si las casas hubiesen lustrado al aire. Un tranvía que pasa veloz y arrastra tras sí una cola de viento. Este viento que se lanza contra mi cuerpo....que lo capta... que lo envuelve y que se va....

El reloj de la torre con sus punteros eléctricos escribiendo las horas, haciendo siempre que todos lo alcean a ver.

Entran a la iglesia: señoras, reclinatorios y hombres. Un canto místico se extiende por el alma de los que pasan...el rezo de las letanías y el «requiem æternam» de todos los difuntos.

Suburbio. El sol calienta las aceras. En ésta calle de barrio, el sol es distinto. Siento su olor, olor de dormitorio, de hogar. ¡Qué suavcito que cae! Como se proyecta sobre el muro blanco, de esta casa vieja. Inunda los patios coloniales y calienta las frazadas colgadas del pasamano. ¡Oh barrio pobre! Adormecido por la morfina de luz. Como reavivan tus músculos, en la noche preñada de cicatrices.

De pronto estoy en el campo, pisoteando a la hierba. A esta planta pequeña, a la flor amarilla. El campo. Como se llena mi boca de aire sereno. Lo saboreo, lo masco, lo traigo y me tumbo a soñar.

Meto tabaco en la pipa y lo prendo. Tendido, con mi ombligo besando la tierra, fumo.

Extiendo la mano y arranco un mechón

de hierbas. Las arrojé lejos...lejos.....donde yo no las pueda ya ver. Siento el olor del sudor que me corre y empapa la camisa. Como me embriaga, como lo huelo bien.

Abro el libro de Fedin y leo:«.....*bruscamente se despertó la bondad desde tanto tiempo adormecida y los hombres se abrieron a los hombres, como las ventanas a la primavera*» la primavera...nosotros carecemos de la emoción de la primavera. La primavera es la nota inmóvil de todos los días. No modula... Se queda recta....extendida como un brazo.... como una tangente«.....*y gritaban contra el viento que tenía el olor de la cebada.....*» Allá, pasando ese oleaje de lomas redondas y con caras de santas, está una cementera de trigo....Amarillo como la luz del sol, que fustiga mis pupilas ...El trigo, se mece, se alborota, es un mar. En el centro está el espantapájaros como un mástil....naufregando.. orgulloso de ser una parodia de hombre. Orgullo de la paja, de un sombrero agujereado y de un báculo que asuste a todas las golondrinas.

Cierro el libro y hago que mi vista vaya errante en busca de los horizontes. Horizontes....que enorme es esta palabra. Es una palabra cerrada, circular, es una línea. Mi horizonte está en la cima de los montes, en el borde de la mano, cuando la coloco ante los ojos.

Tras esa colina la ciudad espía con sus campanarios. Allá es todo ruido, todo movimiento. Aquí....una mariposa que vuela, que se posa sobre la flor amarilla. Aquí.....ese eucalipto cubierto de musgo, esas hojas que

g h i s m o n o

c é s a r r i c a r d o d e s c a l z i

so bambolean, el olor de las plantas, la so-
lidad.

En estos momentos soy un vagabundo. Si.
Lo soy, aunque nadie lo crea.

De pronto pienso en las mujeres. ¡Ah las
mujeres! Las mujeres que se meten en todas
partes y le quitan la paz. Si. Ella está recos-
tada a mi lado y ahora la veo bonita. Nun-
ca la he visto así. Parece mi prima cuando
ella tenía quince años. Le brillan los ojos.
La melena le flota y le digo:

—Te quiero tanto...tanto...

Risa sonora. Humo, mas humo y el pelo
que le flota.

—Tonto

Besos. Pipa. Flores. Humo.

De pronto se me esfuma y se confunde a
lo lejos. Que corto que pasó ese sector de su
vida. Ella no volverá mas.

Un burro viene lento. Pasea tranquilo. In-
diferente a todo. De pronto se me presenta
la clase de francés. El maestro escribiendo
que *oi* se pronuncia *uá*. La tranquilidad del
burro que no piensa y que no estudia eso y
una idea que tiene como fondo la envidia.

¡Quién fuera cinco minutos burro!

El rubor me cubre la cara y tengo ver-
güenza del campo.

III

El nos lo pidió y todos hicimos silencio. Sin pestañar. Mirando al anciano que sonreía con calma. Que viejo enorme, digno de ser oído sin moverse un palmo. Nos decía:

—Vosotros sois mis amigos. Somos todos los que llevamos apegada al alma, un trozo de igualdad. Esto no es una lección. No es la clase que os molesta, la que estáis presenciando. No. Es algo así como una historia. Como el patrimonio de este anciano maestro, que entrega a sus discípulos jóvenes, treinta años de estudio. No creáis que os miento. La verdad es mi camino. Este sendero que me llevará a la luz, que es la esencia de lo cierto. La verdad que es la causa de un efecto enorme, la ciencia. Sí. La ciencia, que es el pedestal más sólido, donde el hombre ha permanecido sin temor a errar; por lo menos seguro de que ella conseguirá la verdad. Escuchad ahora quietecitos. Sin moveros. Lo que vais a oír os servirá para algo. Nada se sabe de gana.

Y nos habla con poesía y emoción. Su voz semeja un Dios te salve.... a la naturaleza.

—Hijos míos. La tarde se va alejando torturada de sol. Forman los montes siluetas, que impresionan el alma, colmándola de re-

cuerdos. Se oyen las campanas y son las seis. Ya en el aire se han perdido los vuelos de las golondrinas. Se callan las cosas y todo queda en paz. Entonces...alzad esos ojos que se hicieron para mirar maravillas y veréis. Hay mundos que brotan. Que se apagan. Que viven al compás de su luz que se desmaya y quiebra. No se escucha nada. Nada. Es la hora solemne del paso cadente, imperceptible y suave de las constelaciones que parten. Se van...se van...y ¡Dios mío! no se acaban nunca. Se deslizan tan quedo que emocionan el alma. Mundos infinitos. Múltiples Un caos de luz que aturde al hombre. ¡Ah! Y cuántos de ellos estarán alborotados de vida

El maestro suspira, pero sigue:

—Armonía de soles. Armonía de astros. Van diciendo la plegaria de todas las noches con sus vocesitas que se oyen, cuando el alma se aletarga y se le van las ilusiones. Esa plegaria de silencio, confundida con el color terciopelo de la noche. ¡Oh maravilla del Infinito!

Tocó el timbre y quedó callado. Nadie se movía. El sabio maestro nos había embelesado.

Salimos. El anciano nos mira complacidos y con marcha lenta se acerca a una ventana y mira el firmamento. Esto lo veo por la hendidija de la puerta. Desde entonces lo amaba mucho mas.

Adolfo era otro amigo mío. El permaneció en la clase solo con el anciano. Es que según todos era un adulón. Sin embargo resistía el creerlo. No. Adolfo no adulaba a

nadie. Lo sabía yo. Yo que era su amigo y lo conocía a fondo. Pero ¿y entonces?...¿Qué hace con el maestro allí metido? ¿Por qué se queda? Al fin. Bueno. Se queda porque se queda. ¿Y a mi que me importaba todo eso?



Después reconstruyo lo que nos dijo el sabio al último de la clase, y pensó que nunca nos ha hablado así. Era la primera vez. Este viejo anciano nos hizo comprender la desesperación ante lo imposible. ..Las estrellas, los mundos alejados, extraños...y la idea de un Ser uniéndolo todo, completándolo todo.

—Solo Dios podía crear eso—me dice uno.

Le dejo pasar, para irme pensando en las maravillas y el hombre.



La noche está límpida. Lluvió un poco tarde y parece que al cielo lo han lavado la cara. Hace frío. Pero no importa, porque tengo todo el impulso para pensar en ellas. Se me figura que ahora, esta noche abierta, han lustrado a las estrellas.

Son muchas. ..imposible...imposible contarlas....Algunas brillan con luz blanca, límpida y ruidosa a los ojos. Esas me atraen, se prenden de mí. Su luz atraviesa como dardo mis pupilas y se quedan impresas en mis retinas hiriendo....titilando....

Esos son mundos...¡Ah! y no poder llegar

a ellos...desbaratar los misterios que guardan...Abrirlos para ver...para saciar el apetito de descubrir algo...de saber...romper la luz que me mandan...destruirlos, para llenar mis ojos de todo lo que guardan....Pero pensar que debo morir sin saber nada de ellos...Sin posarme furioso sobre sus suelos....morir y para siempre....y para siempre....¡Ah! La desesperación del hombre ante lo imposible....

Solo tengo un gesto, que es como un grito. Alzar mis puños a ellos y meterme al cuarto....Es que tuve miedo de volverme loco.

IV

Tenía yo once años y mi prima un poco más. Apenas a esa edad llegué a conocerla. Antes no vivía aquí. Vino con mi tío que llevaba un bigote espeso y hablaba gesticulando. Nos poníamos a jugar por los patios y corredores. Nos íbamos a un cuarto obscuro amontonado de trastos viejos. Me cogía de la quijada y se reía.

—¿Tú no has tenido nunca?

—No.

Yo tenía vergüenza de que me preguntase eso. Y era de todos los días. Después me llevaba a jugar con sus muñecas. Tenía una grande con ojos entornados y enormes. Fijos siempre en algo. Ella les cambiaba de ropa. Cuando les quitaba la camisa, se reía con ojos picarescos.

—Tu no has tenido ¿verdad?

Seguía riéndose fuerte...fuerte...estirando la cabeza hacia atrás y mostrando su cuello extendido. Después la dejaba desnuda a la muñeca, saboreando el placer de que yo me coloree mucho más.

Me sonreía de gana...de fastidio...de tedio. Quería huír, irme a otro cuarto...pero

era algo que me retenía, como si me halaran el saco. Por eso me quedaba oyéndola.

—¿Tu no has jugado a los casados?

—No.

—¿Quieres jugar conmigo?

—Pero no sé.

—No importa, yo te enseño.

Así nos quedábamos en el cuarto de los trastos viejos, a jugar con las muñecas.

—Tu eres mi marido y tienes que vivir conmigo. Este cuarto es nuestra casa.

Y se ponía atareada. Inquieta. Trasteándolo todo. Moviendo las mesas empolvadas. Despejando un diván.

—Esto es nuestra cama.

Me ruborizaba. No se por que... tenía una idea vaga y un olor a polvo y a sudor de mujer...

—Hay que acostar a las muñecas. Tu anda a la oficina y vendrás breve a merendar. Yo me quedo arreglando la casa.

Sonreído me iba. Yo mismo no sabía adonde, pero me iba. Caminaba por los corredores. Por los cuartos. Por el patio. Al fin regresaba donde ella

—¿Por qué te has demorado? Ya es hora de dormir.

Cierra la puerta y quedamos a oscuras. Me lleva al diván. Yo temblaba de ansiedad. Se acuesta a mi lado, en el rincón y me abraza... ¡Oh! Todo eso era de juego.

césar rícardo descalzi

o p u o m i h

Así recuerdo de mi prima. Ahora ella está casada y desde entonces no nos hemos vuelto a ver. Ni una carta, ni un recuerdo. ¿Se acordará todavía del juego a los casados? ¿Estará jugando ahora con su marido?



Mi amigo el poeta me recitó algunos versos. Se inicia recién y tienen sabor a mujeres de mundo.

El otro. El número tres. Ese que sabe de mujeres como recitar el abecedario, está enamorado de una, de dos, de tres y lo hace con tanta facilidad que admira. ¿Amar? Creo que tuvo su época. Pero ahora está cansado de verlas, de besarlas. Las desprecia.

Yo no pienso en mujeres. Recuerdos de mi prima, no laten ya con tanta vehemencia. Somos dos extraños. Dos para quienes la vida del uno no se enreda en la del otro. El resto son recuerdos. Los recuerdos permanecen escondidos, hasta que la voluntad los aviva. No pensaré más en ella y ellos volverán a empolvarse y a perderse nuevamente. Sin embargo pienso interiormente en un amor oculto. Sueño en la luna y en un árbol y en el mar y en una barca y en un beso y..... etcétera.

¡Qué barbaridad, es hablar tantos disparates!



Ahora es ya de madrugada. Son las dos. Vine de donde ellos jugando al poker. Escri-

bo porque no tengo sueño. La luz de este foco se riega por mi cara y me molesta atrozmente. Pero es importante y hay que tenerla prendida.

En la calle vine viendo la tragedia de un perro que murió arrollado por un auto. El perrito dormía tranquilo, acostado en la mitad de la vía. Murió por no saber que es prohibido dormir en la calle. Tuve tanta pena, que no dejo de pensar solo en eso.

Por los tejados lloran los gatos, con voces tan humanas que dan terror. Parecen criaturas que gimen por algo. ¿Quién les dará algo a los gatos? Valiente pregunta la mía. Creo que hablo demás y lo mejor es acostarse a dormir.

V

Pasa un mes.



Esa noche leía el «Padre Sergio» de Tolstoy. Tanto me llegó a gustar que hasta soñé en él. Era este un buen hermitaño al que las mujeres venían a tentar. Se cortó un dedo en sacrificio al señor, para vencer al pecado, y a pesar de ello ¡Dios mío! cayó el pobrecito, porque fué débil a los empujes del mal.

El Padre Sergio hacía milagros: curaba a los ciegos, sanaba a los cojos, pero cuando llegó el momento de librar del demonio a María; se obró entonces el milagro infernal de la carne y el Padre Sergio que era un hombre casto, ofrendó su pureza en aras del amor....así vagó por la tierra, por las estepas, llevando incrustado en su cuerpo, un poema de amargura.



He pensado después que debó salir de esta vida rutinaria y que es menester buscar algo que me entretenga de otra manera.

Consulto con mi amigo tenorio y le digo:

--Tú comprendes que yo debo tener enamorada.

Se me rió en la cara. Tuve vergüenza pero seguí:

--Tú conoces a las que están vacantes.

Me enumera algunas. Escojo la de mejor nombre y.....

Al día siguiente me puse en la esquina de su casa. ¡Qué aburrimiento! ¡Oh! Valiente programa el estarse arrimado al poste, mordiéndose las uñas. El me acompaña dos veces y después no va más. Yo no tengo valor para perder así el tiempo y decido abandonar mi empresa.

Pienso después. ¿Por qué hay necesidad de esos formulismos tontos de pararse en la esquina, de seguirla por la calle, de fumar a que le vea? Tienen sus caprichos las mujeres. Reglas llenas de futilizas....

Sigo pensando. Que gran sencillotada es ir dos sin conocerse, por la calle. Juntarse. Irle diciendo cuatro tonterías. Oír sus preguntas y contestaciones chocantes. Llevarla a diferentes funciones. Refirse sin querer de los disparates que dice. Hablarle con mimo....yy....y....

Mejor me pongo a silvar.



Tengo también otros amigos. El filósofo y el «americano». Entre todos somos cinco y formamos nuestra jorga. A veces nos reunimos todos y nos ponemos a pelear....a dis-

cutir ... a gritar como estúpidos... Los dos sacan siempre el mismo tema: «La Sexualidad». A mi esto me aburre, me da despecho, porque siempre discuten los mismos puntos y con los mismos argumentos. El filósofo carga un bigotito que nos da envidia y anda siempre comprándose libros. El otro tiene cara de gato, fuma sin echar golpe, y le llamamos «americano» porque sabe inglés.



Clase de Cívica. Hora inoportuna, cuando todos los cursos se han ido a almorzar. Nosotros encerrados... aprisionados por las paredes... por las palabras y por los ruidos de los papeles... Sentados como quiera. Con nuestros ojos doblegados. Con las manos inertes a todo. Con los sacos abiertos, gritando a nuestro yo a que se esfuerze y piense. ¡Ah! Pero ese grito es más bien un lamento. Hambre... sueño... las dos cosas mezcladas... inercia.

—Bien. ¿Por qué se produjo el Tratado de 1829 después del Tarqui? ¿Por qué estas batallas? La cuestión es muy sencilla. Porqueee..

Y la *e* traza una curva de sonidos ascendentes.

—...porque el Perú reclamaba para sí, las provincias de Mainas y Jaén. Advirtiéndole que esta posición comprende las dos terceras partes del Ecuador.

El profesor sonríe interrumpiéndose. Pronuncia la *s* y la *z*, como una *ch* alargada y que parece se enreda en la boca. Cuando ha-

bla una saliva blanquecina se le pega en los ángulos de los labios. Tiene el cuerpo desigual. Los ojos grandes y saltones. Es joven y de un metro setenta de alto. Siempre va con ternos nuevos que parecen bolsas. Sus dedos huesosos y largos. En su garganta enorme surge la perilla como un ojo saltón....Es un patriota y sigue:

—Como se ve no es una faja deee...terreno. No. No es por un suelo pantanoso y maligno. No. Es por la llave que tenemos para el Atlántico. Nuestra única salida al Amazonas. Es como si allí....dueño de casa le quitaran las escaleras.

Se ríe de lo que ha dicho y sus dientes enormes parece que desgarran la sonrisa.

En un papel le hago la caricatura. Estoy dibujándole ya la nariz aguileña. El filósofo que está a mi lado se ríe del retrato. Allá al otro extremo el tenorio y el poeta charlan. El «americano» fojea revistas en inglés, y tiene su corbata deshecha.

La patria. El río. Los ríos. Los bosques. La guerra y el odio a los peruanos, se escapan de los labios del maestro, salen por las ventanas para ir a estrellarse contra el muro de enfrente.

Abajo en el patio juegan tennis. Están a deuce. Hay que ver quien gana este game.

VI

Esto de tener que estudiar las lecciones para el día siguiente, es algo tan pesado que estorba. Pienso que mejor fuera irme al teatro. A oír música de Estados Unidos o Colombia. A bailar donde mi amigo tenorio. A fumar caminando despacio, por un carretero obscuro, para saber que hace de noche este árbol que siempre se mueve durante el día. Para ver si las casas han cambiado. Para oír los silvos prolongados de los hombres ocultos. Para destruir el ruido del caño que siempre está vertiéndose. Para todo.

Hace un año que vivo en un barrio, que está rodeado de árboles, de plantas pequeñas y de hierba. En mi cuarto hay la cama, el escritorio, una máquina de escribir y una ventana. Por la ventana se ven las casas, empinándose. Agarrándose del cielo con las antenas de los radios, desesperadas, metidas, claveteadas en la tierra, imposibles.... En las paredes hay retratos de artistas: José Bohr, Ramón Novarro, Louise Brooks, Lond Chaney, Greta Garbo y cincuenta mas.

Cuando no tengo que leer, me voy por las noches.....errando. Envuelto en mi capa y una chispa de luz en mi pipa.. Camino..... los tapiales diciendo a la noche, los chismes

de los hombres... Se aprietan... se ajustan... se duermen... No hay luz por este carretero... carretero amurallado... repleto de cansancio... extendido hasta los abismos... hondo. Voy... Mi capa negra se funde... mi pipa viaja... luz roja del tabaco agujereando a la noche... fustigando como una antorcha a todos mis pensamientos... el humo perfuma al camino. Ruido de carreta... la carreta rezagada que despierta la tranquilidad de las piedras tumbadas oróndas, como un puño, como un charco, como el paso de un hombre...

Casas... casas quietecitas, sentadas como paisanas a la acera de los caminos... Casitas pequeñas, como las de los nacimientos... tranquilas... careciendo al campo... a la soledad... venciendo...

Movimiento de luces... ventanas iluminadas... una cabecita rubia apegada a los cristales... senos palpitantes, llamando quedo... gritando... besando su sombra...

El está allí y escucha la voz de esa carne que le llama... luz, más luz... sonrisa en la boca de él... sonrisa en la boca de ella... emoción y amor.

Mi pipa se balancea y se apaga... me envuelven las tinieblas y el recuerdo de mujeres. ¡Ah! Cuando jugábamos a los casados...

Me alejo... él mirando la cabecita rubia de ella... ella aún riendo... la capa flotando... obscura... enorme como la noche... y en mi alma un recuerdo... mi pipa muerta y la casita inmóvil... venciendo...



Ahora vengo del cine. El cine parlante ha venido a despertar nuevas emociones, a desbaratar el spleen de las películas mudas. Recuento los hechos y mis impresiones sobre ciertas artistas:

Greta Garbo:

Es una mujer única. Triunfa estruendosamente en «Anna Christie». En sus ojos rasgados y en sus caderas [sensuales, siento el estremecimiento de la carne que se hizo para todos. Se baña desnuda. Yo comprendo que tiene un amor pagano para su cuerpo. Ama sus formas. Ella gusta de la soledad, y allí se va por los campos cantando piezas del momento. Es una mujer que se sugestiona bajo la maravilla de la naturaleza entera y la adora. Se considera como el fruto máximo de esa naturaleza exorbitante y sensual, y se deleita en el parangón de su cuerpo desnudo con las flores y los árboles. Es una vírgen bárbara, como dice mi amigo el poeta, ¡Dios mío! Mi santa devoción por el alma escondida de Greta Garbo!

Mary Briand:

Encarna todo un conjunto de dulzura que es una armonía. Greta es el símbolo del placer, es el grito desgarrado de una selva virgen, es la angustia espantosa del pecado encarnado, es todo lo malo. Mary Briand en cambio es el encanto que enmudece de santa emoción los espíritus. En su rostro tiene pintado el candor. Su cuerpo evoca las prince-

sitas de ensueño, ocultas en las torres de castillos románticos. Se llama María. María tan suave y con olor a pureza. ¡Oh y cómo suena este nombre!

Yo no soy crítico ni nada de eso. Así pienso y nada más.

José Bohr:

Allí está uno que canta con la sonrisa estampada en sus labios y habla de la vida con todo lo bueno que ella tiene. Sus cantos dicen que hay que reír, gozar, amar, vivir. Si. Su alma está empapada en sano optimismo. ¡Oh la filosofía de sus cantos!

¿Será su risa el reflejo de sus sentimientos? ¿Si? Yo entiendo que José Bohr debe guardar escondido un dolor espantoso que trata de ocultarlo. Busca quizá los medios de acallar algo que le hiere y que no puede evitarlo de otro modo. Apagando con su voz de risotada el sufrimiento enorme que siente su corazón. Ocultando sus lágrimas bajo el antifaz que le brinda la farsa... y ríe... y ríe... pero su risa a veces es amarga... y arroja la careta cuando va entonando un tango. Uno de esos tangos que despiertan los sentimientos de los hombres. Que hablan de guitarras, de suspiros, de puñales y mujeres. Porque el tango es recuerdos, doblarse de carne. Es el alma desnuda a que la sientan las gentes. Es el ritmo morboso de las hembras... de la garganta extendida... de los ojos rasgados... Es música infinita, alargada como la pampa... es el alma del gaucho que ha

césar ricardo descalzi

o p u o w i h e

viajado por la América entera, llenando de
santa devoción, el alma del criollo.....

José Bohr canta tangos. Lloro porque es
necesario llorar. Hay ocasiones en que se llora
de gana, pero se llora. Yo mismo he llorado va-
rias veces. ¿Acaso porque he sentido el amor
de las mujeres y el dolor de sus recuerdos?

VII

Hoy es la última clase de francés. La próxima es examen y así se acaba el año. El recuerdo del campo...del eucalipto cubierto de musgo...de la flor amarilla...me atraen y no voy al colegio.

Tendido nuevamente. La cara mirando al sol, extendido los brazos, crucificado en medio de los trigos. El espantapájaros me hace sombra en la cara. En mi cara abierta como los campos, a la caricia de la sombra. Saboreo el olor del trigo...sabor amarillo...tiene algo de pan y mucho de hogar.

Espigas erectas, paradas custodiándome, charlando las caricias del viento, codeándose...saludando al espantapájaros...inmóvil y harapososo como un año viejo...

Así extendido me adormezco, respirando el calor de las cementeras...calor punzante...calor hiriente y sensual...calor de naturaleza...

En el cielo se han muerto las golondrinas...se han muerto los vuelos y los pájaros. Cierro los ojos y me quedo dormido.....

Un murmullo perturba la calma. Me levanto. Solo el muñeco de trapos viejos me rivaliza en altura. Voy acariciando a puñados las espigas, con mis manos abiertas... De lejos

pareciera a alguien, una parábola de Jesús.

Abajo asierran árboles «...ris...ras...ris...ras...» es el canto de estos hombres. Los segadores también tienen su canto, cuando cortan las espigas. El bosque se ha deshecho, ya no existe. Ahora el cielo conoce el misterio de la hojarasca, que tapizaba la hierba..

Un árbol erguido, orgulloso, se bambolea como borracho, cede y cae...Se tumba orondo sobre la tierra, estremeciéndola. Ese árbol es un cadáver. Su tronco queda disforme, con ramas que parecen brazos, con ramas que dan la apariencia de oradores, en actitudes fervorosas.

Se van los obreros limpiándose el sudor con el revés de su manga...sonándose al aire...hambrientos como perros...se van...se van...y en la quietud de los árboles muertos, abro un libro y comienzo a leer.

VIII

Al fin acabamos los exámenes. Todos sin faltar ni uno. Es tan hermoso el no tener que estudiar, y eso nos consuela.

Mi amigo el poeta ha mejorado en sus versos. Nos habla de cisnes decapitados y princesitas de ensueño. El otro sigue declarándose a varias mujeres. Voy a ver si en estas vacaciones me preocupo de algo que me entretenga. Que disipe y esparsa mis pensamientos acurrucados, temerosos, inútiles así. Haré novelas. La vocación me vino desde la escuela. Hice una a los diez años. No es en verdad una novela, es mas bien un cuento. Ahora me río al leerlo. ¡Qué cosas tan sobrenaturales que hacía mi héroe! Como inventaba episodios históricos a mi antojo. Como introducía batallas, que nunca han existido.

¡Ah! Pero una noche....yo tenía entonces doce años. Recuerdos de mi prima.....música arrastrada, doliente. Soledad. Vacío....y así surgió esa novela: como un quejido..... como un lamento....con palabras tiernecitas.. con todo un contingente de romanticismo.... La hice así. Desahogando en ella todos los recuerdos y las emociones. ¡Ah! Ahora la odio. Cuando leo un trozo cualquiera me entran rabias y la arrojo lejos....bien lejos....y

me halo de los cabellos y me quedo gritando....enrojecido....con los ojos enormes....Así me defino yo: Neurasténico. Vulgar. Rabioso como un perro. Romántico y vencido.



Me he puesto a pensar. Esto que escribo ¿gustará a alguien? No. No gustará a nadie. ¿A quién puede interesar? Es y no es una novela. Mejor dicho es una historia. Eso es. Pero una historia vaciada de hechos estéticos. Escrita de gana. De capricho. Tantos habrán que se burlarán de ella. Otros la dejarán a medio leer.

(Me he vuelto escéptico y taciturno, metido en mi mismo, oculto.)

Como deseara que no cayera en las manos de las mujeres. A lo menos en las de muchas de ellas. Hay que conocerlas para desear esto. Porque ciertas mujeres son muy fútiles y superficiales....como su risa....como sus ideas.. como ellas mismas.

Solo se contentan en leer el principio y el fin de todo libro, el resto es lo de menos. Accidentes y nada más. ¡Pobres mujeres pequeñas de espíritu! Su vida se reduce a fingir. Se pintan y se arreglan, para fingir ser bonitas. Hablan con pulcritud y esmero, para fingir ser muy instruídas. Cuentan que han tenido muchos pretendientes, para fingir ser interesantes. Que nunca hacen cara a nadie, para fingir no ser coquetas. Ignoran muchas cosas, para fingir ser recatadas. ¡Dios

mío! Que amarga debe ser su vida. Que fútil. Que pretexiosa. Si este libro cae por algún motivo en sus manos, yo les pido de corazón que no lo lean. Tal vez seré la causa de otro fingimiento al decir que me desprecian y que soy bien chocante. Que doloroso es el ser comentado por ellas. Tijeretazo tras tijeretazo harán de mis páginas un hacinaamiento de dolor y reproches. ¿Que mas fingirán si por un acaso, dando rienda suelta a su innata curiosidad lo siguieran leyendo?

IX

Electricidad....radio.....estática. ¡Ah como se viene la estación con ese ruido infernal! La aprisiono....la capto....y surge. ¿Escenario? Un cabaret de Los Angeles. Jazz....violín....fox. ...música, mas música que se escucha el murmullo de todos los que danzan. Palmoteos....gritos....emoción de distancias.

El cuarto es oscuro. Apenas surge y venen las hendijas del aparato un poco de luz. Cintas blancas estrellándose....repartiéndose. Cerrado los ojos.....adormecido.....evocando las lejanías, con un puñado de envidia hacia el ruido de las parejas....hacia el jazz....hacia la voz arrastrada, perezosa y sensual del cantante de color.

La música, la estación, la voz del speaker, todo, todo cayendo de zopetón y anonadándose. Impotente, hundido por la alegría de esos hombres.

—¿Skenectady? ¿París? ¿Londres?

No. No. Nada de eso.

—¿H C I D R? ¡Quito!

¡Oh! Mejor es apagar el radio. Hacerlo callar. Porque su voz abofetea todo lo que yo siento.



Anteanoche bebimos los tres. El poeta, el

tenorio y yo. Agazapados en el fondo de una tienda, con olor a gordura. Estamos los tres y otro más. Ese da la cerveza y hay que contentarle.

Hay cognac. Cigarrillos. Risas.

Siento el entorpecimiento de la mano. El ruido giratorio de todas las personas....de todos los objetos....de esta señora enorme que nos trae la cerveza.

El poeta está contento porque dice que él es un bohemio, y que todos los escritores deben ser así. El otro habla de mujeres y quiere llorar. Está haciendo el ridículo. El que da la cerveza hace chistes toscos y estúpidos. Sin embargo hay que reírse como imbéciles. Al fin y al cabo él dá y eso es todo.

Me pongo de pie y me bamboleo. Me salen los hipos y tengo ganas de orinar. Traen una victrola. Pasillos. Los pasillos me evocan al «americano» que los odia. Yo también los odio. Se cogen a bailar entre hombres. Valiente majadería. Palmoteó por no gritar y dar un puñete a cualquiera.

—¡Carajo!—grito de gana y me río a carcajadas.

El poeta se sensibiliza y nos recita un verso....como un romántico, como un vulgar. Le oímos de gana, por no decir que se calle.

El otro dice que su enamorada es una perra, porque lo ha traicionado y que la aborrece. Es un idiota.

Hay guitarra y rasguea el que da de beber. Yo hago primera. Los otros segunda. Cantamos algo que en verdad nos hace ridí-

culos. La culpa tiene el cigarrillo y la cerveza. El ténorio se pone a llorar. Los otros se duermen.....

Me levanto. Camino. Salgo de la tienda y me voy campeante por el centro de la calle, con un cigarrillo que escarba la obscuridad de la noche.

X

Algo inesperado viene a cambiar mi vida rutinaria.

Tiene ella una manera especial de regresar a ver. Su cuerpo apretado en la cintura, haciendo saltar sus senos turgentes. Es rubia. Melena ondulada y tiene zapatos cafés.

Fué en el cine y mientras estaba atrás suyo. ¡Qué rápidos pasaron los minutos! Como se fugaban sus ojos. Como brillaba entre todas su boña. Como la amaba.



Al otro día la encontré. Saludo. Aunque era refractario de las reglas cursis de todos los enamorados, tenía que cumplirlas porque ella era una mujer vulgar, y no me hubiera comprendido. Iba sola. Columpiando sus senos. Sus caderas. Su boña perdida entre el tumulto de todos.

Cobro valor y me acerco. Le hablo de amor. Saco palabras que oían a poesía. Comprendo que ella finge el asustarse de mi arrojo y me da rabias. Jura que nunca me ha conocido. Me río interiormente. ¡Qué cómicas resultan las mujeres así!

Hablo. Voy con la risa petrificada en mis labios. Ella turbada. Los dos estamos nervio-

son. Sobre todo yo. Hago abstracción de la calle, de los transeúntes, de todo lo que pasa por mi lado, para conversar con ella.

Me contesta reprochándome. Como si me hubiera conocido tiempos. Contrariando lo que me había dicho antes.

—Váyase donde las otras.

Siento despecho y todas las ganas de reír. Las otras. ¡Ah las mujeres acostumbradas al engaño y al fingimiento! Me entran cóleras. Quiero cogerla del brazo, sacudirla y decirle con el ceño fruncido, que por qué habla de gana, que por que finge, que no sea vulgar, porque yo tampoco quiero serlo con ella. Me retengo. Venzo ese impulso y sigo a su lado, escoltándola con mis palabras.

—Es que mi mamá....además....usted puede comprender....

Le miro en los ojos. Ojos azules y hermosos. ¡Oh! Y todo un reproche que alimentaba mi alma se estrella contra ellos; y me vencen, y me anonadan, y me dan vergüenza.

Se despide. Me dice que puedo verla a la misma hora, y me da la mano. Tiene la mano caliente....pequeñita....¡cómo la estrecho y le miro en los ojos!....sonríe ella y se escapa.

Cruza la calle rápido. Se quita la boina y su melena desenvuelta, la hace mas espiritual.

Entra a la casa. ¿Conque es esta casa? ¿La misma de esa noche en que las ventanas se iluminaron? ¿Y la sonrisa de ella y las palabras de él? ¡Oh! Me vuelvo romántico y sueño..



Todas las noches voy con paso lento, en busca de su cuerpo. De su risa que se abre y estalla, alegrando a la luz pálida de este foco pequeño. Fumo. Llevo la capa. Llevo ilusiones. Charlo largo, hasta que sea muy de noche. No ceso de decirle que le quiero mucho, mucho; y mis palabras agrandadas por la soledad, comprendo que le impresionan.

La voz de ella es como su risa. ¡Oh sus palabras! Noto que día a día charla con mas emoción, como gozándose en contarme cualquier cosa por insignificante que sea. Y sonrío. Y yo sonrío.



Un mes.

Dos meses.

Ahora baja junto a mi y conversamos. Su aliento envuelve mi rostro. Mis manos acarician sus manos. Nos sentamos juntitos. Nos estrechamos el uno contra el otro y entonces....El primer beso le dí una noche clara. Bien clara. Nuestras sombras silueteaban en el muro. ¡Ah! La estreché fuerte hasta ahogarla y así la besé. Como un salvaje. Abriendo sus labios. Sintiendo sus senos y el latir suavecito de su cuerpito tibio.



Después pasó otro mes.

Había llovido y los charcos se extendían como hombres muertos. Como siempre. Besos.

Suspiros y el amor desbordándose, halagando los espíritus.

Alguien pasó. No pude verlo bien. Solo sentí el grito de ella y sus palabras breves:

—Es él.

Y desprendiéndose de mis brazos, se perdió en las sombras.



Al fin voy donde mis amigos. Tres meses que los he abandonado. Lo saben ya todo.

El filósofo se ríe en silencio sin decirme nada. El «americano» quiere imbuírme los celos, aseverando haberla visto con otro. El poeta dice qué solito en la cama se ríe a carcajadas sin saber por qué. Solo el tenorio es el que me aplaude.

XI

Adolfo me encuentra en la calle. Tiempos que no lo había visto.

—¿Sabes donde me fui?—dice.

—No.

—Vamos te lo contaré todo, porque siento ganas de desahogar este dolor que me mata.

Entramos en un café. Pidió cerveza. Los dos éramos ya de pantalón bajo.

—A ver cuéntalo.

—Si. Pero quiero mas bien leerte, lo que pasó con él. He escrito para que la memoria no me sea infiel. ¡Ah! Lo que sucedió esa noche terrible que aún me estremec. Tú sabías. ¿Verdad? El maestro vivía en mi casa. Yo entraba a su cuarto y charlábamos las noches con el balcón abierto, mirando al cielo estrellado ¡Qué cosas me decía! Hablábamos de proyectos gigantescos y planes asombrosos. Cuando acabamos de dar los exámenes, me propuso que le acompañe a la costa. Yo accedí y nos fuimos. Dejé yo aquí una enamorada y la quería bastante. Esa noche lloró y la besé por primera vez. En la costa salimos al campo junto al mar. Tres meses he pasado allí recordándola, porque ese beso me torturaba. Tú comprendes como estaría. Pero tomemos la cerveza. Salud.

Pide otra botella y sigue:

—Ahora lo que te voy a leer es lo que pasó una noche. Esa noche en que recayó con la fiebre y no quería acostarse. Estaba yo solo con él en la quinta. A dos cuadras estaba la casa de los peones. He hecho algo literario, pero no te burlarás.

Saca unos papeles y lee:

«Paisaje. Caravanas de golondrinas que picotcan el aire. Abejas, mineros de flores. Mesan sus cabellos, las palmeras viejas. Viento de otoño que desbarata ideales, en las hojas muertas. Mar que modula vientres, con sus olas. La noche arriba ahogada de sombra, trae la emoción de los misterios. Reza un reloj, el rosario de las horas. Huye la balandra errante, llevando las emociones de la red sin peces».

Le miro fijamente. El arquea las cejas y lee con sentimiento.

«Una quinta de jardines se arrulla en el paisaje. Puerta abierta, que mira la linterna de las barcas, que pasan. Cuarto sin luz. Emoción de silencio. Tose un pecho enfermo. Fuma una boca su última esperanza. Traga una ventana, las brisas secas. El verano avanza.

«Dormitando en una poltrona, junto a la puerta que mira al mar, se halla un hombre de carnes viejas. Está arropado en sus frazadas. Tiene calor. Tiene frío. Tiembla. Tiembla por la fiebre que lo embriaga. Sus ojos de color de tabaco miran absortos a las estrellas. Piensa. Suspira. Se resigna. Habla:

«—Adolfo. Ven contempla las maravillas de la naturaleza.

«—Maestro. Estoy tan cansado de mirarlas, que hoy no me producen emoción.

«—¡Oh hijo mío! Te habrás recreado tal vez interpretando el ruido de la borrasca, como un canto de ella. El paso del viento, como uno de sus himnos. El susurro de la brisa como descuajar de besos. La hermosura del jardín, como su mejor vestido. Pero no habrás alzado tu vista, para hacer el símil de la contemplación de su rostro.

«—Ninguna impresión me causa ahora ella. De muchacho, de más muchacho recreaba mis sentidos al mirarla. Fui poeta para cantarla y escritor para describirla. Pero ahora.....

«—No Adolfo. No. Ven. Ven a mi lado. Ven fíjate en lo que talvez tus ojos no hayan visto. ¿Por ventura has cantado, has descrito el paisaje que te brinda todas las noches, el cielo estrellado? ¿Verdad que no?

«—Las maravillas de la naturaleza, murieron talvez para mí. El recuerdo de ella me atormenta.

«—Calla discípulo. Calla. No la nombres más. Olvídala. Olvídala te lo mando. Borra de tu memoria su recuerdo. Las mujeres existen solo para ahuyentar la tranquilidad. Compréndelo bien muchacho. Oye a este viejo que lo conoce todo. Tú eres demasiado joven. Ven. Ven contempla los astros olvidados.

«—Es muy vulgar ya mirarlos....

«—No. No es así. Tú los habrás mirado como los miran todos. Sin examinarlos. Sin

comprenderlos. Sin meditar en ellos. En esos mundos que siguen su continuo revolotear. Que giran talvez al rededor de soles que aún no conocemos. ¿Comprendes? Tú los has mirado con el desdén de siempre, porque el hombre es así discípulo, mira las maravillas que le rodea sin preocuparse de ellas. Con indiferencia. Con fastidio. Ven Adolfo. Ven discípulo mío. Salgamos de la vulgaridad, siéntate a mi lado».

Me emociono un poco al oír como lee. Comprendo que él ha sentido. Que talvez ha sufrido mucho. Tomo un vaso de cerveza y sigo escuchando:

«Suspiros hondos. Ruido de pasos. Me siento junto al anciano. Miramos ambos al firmamento. Pasan los momentos. Silencio de hombre genio, que piensa en maravillas. El sabio tiembla. Es su temblor el fruto de la fiebre que le consume lentamente. Retira los ojos del cielo. Mira al mar. A las sombras. Vuelve a alzar su vista... Se agita... Se meanea... Coge exitado mi mano... La apreta fuerte hasta hacerla doler... Me mira... Contempla a las estrellas y en un arrebato de emoción grita.....

«—¿Ves discípulo mío? ¿Ves a las estrellas que brotan temblorosas como flores que amanecen, en la inmensidad profunda del azul? ¿Ves como se juntan, se separan y huyen? ¿Ves como se esconden, se apagan, se encienden, titilan misteriosas, presentándose a nosotros en incógnitas? ¿Las ves? Si. Míralas discípulo. Míralas. ¿Verdad que te semejan

balandras sin timón que vagan perdidas en el mar caótico del infinito? ¡Oh Adolfo! Rasga tu lira y entona tus cantos a la naturaleza....Has sido poeta, cántalas ahora.....Has sido escritor, descríbelas.....La noche está adormecida en el regazo de las horas. El mar de algas esmeraldas, duerme el sueño de la calma. Entona la brisa sus himnos de estío. Cántalas Adolfo. Cántalas sin miedo. No son los hombres insensatos y locos, los que oirán tu canción. Son las estrellas. Son otros mundos, los que te escucharán.....

«—Pobre maestro...la fiebre lo hace delirar.

Le interrumpo:

—¿Así hablaba el maestro?

—Sí. ¡Ah! Otra cosa era oírle. He escrito apenas lo que me acuerdo. Lo he coordinado. ¿No recuerdas como nos hablaba en la clase?

—Sí. Sí. Sigue.

Continuó:

«El sabio cayó agobiado sobre su poltrona, rechinando sus dientes. La fiebre le consumía. Yo en tanto pensaba, en cosas distintas. El recuerdo de ella me ahogaba atrozmente. El beso de despedida. ¿Como lo podía olvidar?

«—Debemos hacernos grandes—murmuró—Para eso he sacrificado mi vida. He desbaratado mi existencia. Me he consumido. Yo soy viejo. Estoy inutilizado para todo. Tú eres un mozo fuerte. Por eso te he escogido a tí. Te he separado del mundo que sólo destruye energías, para traerte al camino de la verdad.....

«—Maestro....—le digo y no puedo mas.

«Siguió:

«—Quiero que tú disfrutes de mi triunfo. Del triunfo de treinta años de trabajo. Quiero que los dos vayámos juntos en gloria. ¿Oyes? ¿Oyes?—Y me dice al oído—Quiero ser más grande que los genios que han surgido en el mundo. Quiero que seamos admirados por todos. Por todos los hombres. Quiero ser superior a todos. A todos. A todos. ¿Lo oyes? ¿lo oyes bien? Superior a todos. Mi nombre y el tuyo levantarán revoluciones de entusiasmo en los pechos. Para eso necesito tu ayuda. Yo soy un hacinamiento de energías inservibles. Tú eres joven aún. Quiero lanzarme tras esos espacios donde el aire falte y llegar a esos mundos que se ríen de mi. Entonces si ir a sepultarme en lo hondo de la tierra, de esta tierra que es testigo de mis palabras.

«—Pobre maestro, la fiebre lo hace delirar..

«El anciano se echó a reír de lo que yo decía.

«Nadie habla ahora. Duermen las cosas el sueño de la indiferencia. Obscuridad. Llanto de marinos, arrojados a la playa. Naufragio de balandras.

«Vuelve a exitarse el maestro y me dice:

«—Mira hijo mío. ¿Ves en lontananza? ¿Allá? ¿allá lejos? ¿Si? Pues bien, esa es la Cruz del Sur. ¿La ves? Allá. Allá donde parece que el cielo se ha inclinado a besar al mar. Esa que nos mira. Que nos reclama. Levántate Adolfo. Ponte de pie. El momento es

solemne. Haz todo lo que yo hago. Ahora extiende tu mano donde ella. Extiéndela sin miedo y oye lo que voy a decir: «Adolfo, yo tu maestro y tú mi discípulo, juramos ante esa cruz formada de estrellas, lanzarnos al espacio a hollar esos mundos, aún a costa de nuestra vida....»

«Yo lancé un grito.

«—Maestro...maestro...es imposible.....»

«—No Adolfo.....no.....cállate y no me interrumpas....cállate....cállate....»

«—Maestro....como va ser posible....si yo.. yo maestro....no puedo nunca separarme de ella.....»

«—No la nombres...no la nombres.....los momentos son solemnes y no pienses en mujeres...ódielas....desprécialas.....»

«—Maestro...imposible....»

«—Olvídala....olvídala Adolfo...es tu ruina....es tu perdición.....»

«—No puedo....¡Dios mío!..... no puedo....»

«—Olvídala en nombre de la ciencia, en nombre del mundo entero, en nombre de la gloria que ya nos espera, en nombre de.....»

«Lanzó un grito desgarrador. De sus labios brotó una carcajada y quedó sollozando como un niño....El maestro estaba loco....loco... loco....Venganza terrible de las estrellas inmóviles. La risa de carcajada de ellas, estremeció mi cuerpo».

Así terminó el relato. Adolfo lloraba al leerlo. A mi también se me fueron las lágrimas.

Quedé impresionado. Había hecho abstracción de todo para oírlo. Si. El maestro esta-

ba loco. Pobre maestro. Tuvo el mal de las distancias. Enfermo de glorias y ávido de triunfos.



A Adolfo le pedí los papeles y fuí donde los otros a leerlos. Oyeron en silencio. Recordaron al maestro bueno y en sus caras se pintó el dolor.

Después el «americano» se ríe y murmura:
—Esa literatura más cursi.

El filósofo también sonrío.

Yo no digo nada.

El poeta se ha fijado más en el fondo, que en las palabras; mientras el tenorio piensa en las mujeres y considera el dolor de Adolfo.

XII

Esta noche no tengo donde ir. Salgo a errar. A errar en busca de otras emociones. Compró cigarrillos y camino. ¿Me iré por la casa de ella? ¿Para qué? ¿Me portaré como un idiota al irle a insistir quien es él? Pero estoy a punto de partir a verla. Talvez me espere asomada a la ventana. A esa ventana aislada, donde siempre he visto su cara, sus ojos, su melena flotando. Si. Voy....Me encamino.....pero derepente me yergo orgulloso. No. No iré. Que se desgarré de pena mi alma, pero no iré.



Adolfo me encuentra de nuevo. Le doy sus papeles y un cigarrillo. Nos vamos charlando.

En sus ojos noto algo. Como una tristeza reprimida. Como un reproche.

Me lleva al mismo café. A la misma mesa escondida tras el biombo. Se estremece el cuerpo al entrar de zopetón en la luz. En el aire tibio. En el ruido de los cubiertos. En el olor punzante de la cocina.

Pide cerveza. Yo no la quiero, pero no puedo decirle que no. Tengo que resignarme a tomarla. El está inquieto. Como ocultando algo. Lo noto porque su cara es forzada. Me

mira a voces. Ve los cuadros colgados. Describe su mano, movimientos bruscos. Si. Yo se que quiere decirme algo, pero me hago el estúpido, y espero la cerveza.

Su cara está roja y me entran rabias. Tengo todo el impulso para insultarle y decirle que no esté así como bestia. Me reprimo ¡Que doloroso es reprimirme!

Un hombre ciego glosa en el piano. No toca nada y me atormenta. Al fin le grito que toque lo que quiera. Me responde con una sonrisa idiota. Como si le hubiera hecho un favor. ¡Qué despecho!

Mi cara debe estar profundamente arrugada. Adolfo no habla y sigue menciándose en su asiento, como una ramera.

Al fin traen la cerveza. Una botella y dos vasos gordos.

Coge él y se bebe sin decirme nada. Yo hago lo mismo, esperando que este pianista me entretenga con algo. Bruscamente asienta Adolfo el vaso sobre la mesa, que grita con un sonido de copas. Me agarra la mano y con ojos rasgados y turbios dice:

—Ahora te voy a contar otra cosa

Escucho un vals, que entona el pianista ciego.

—Bueno cuéntalo.

Pero él no desprende sus ojos de mi cara. No entiendo nada y le clavo los míos.

—El sabio tenía razón—dice—Pero no lo cuentes a nadie. Solo entre los dos debe existir esto. No quiero que nadie lo sepa. ¿Oyes? Nadie.

La curiosidad me domina y quiero que me diga lo que sea, pero ya....ya.....ya que me muero de tedio.

Reposadamente habla:

—Como te dije el otro día. Yo dejé una muchacha aquí y le quería un mundo. Esa noche víspera de la partida la besé. Fue la primera vez. Dispénsame la expresión. De amor podía extrangularla.

Me sonrío inocente. El me mira con ojos más pequeños. Rasgados. Con su pupila negra que atraviesa.

—Al sabio pasaba contándole mis conversaciones con ella y ella juró que me esperaba. Si. Lo juró. Si aún lo recuerdo.

Suspira profundamente y se bebe otro vaso de cerveza. Yo también bebo.

—Pero aquí está lo terrible. Cuando vine. Cuando fuí a verla alimentando esperanzas, la encontré con otro. Abrazado. Besándola. Tuve ganas de lanzarme donde ella....llorando. De matarlo a él. Pero comprendí que aún era muchacho y así me serené. Pasé.....Me perdí....torturado....infernal....

Sus ojos se vuelven hipócritas y me miran de soslayo, afilados, como dagas....

—¿Sabes? Ahora si yo sé quien es él. Lo sé.

Me da miedo su mirada. Rechinan sus dientes y se río. De pronto se vuelve desdeñoso e indiferente. Manosea con su mano extendida sobre la mesa, la tapa de la botella.

—¿Ahora? Ya no la quiero. No. No la quiero. ¿Para qué? He reflexionado que así es la vida y que no hay que volverse idiotas.

s
h
i
s
m
o
n
d
o

c
e
s
a
r
r
i
c
a
r
d
o
d
e
s
c
a
l
z
i

Pero eso sí. Solo una venganza se ahoga en mi, porque no quiero que me domine. El recuerdo del maestro que por ella ahora está loco. ¿Sabes su manía? ¿No? Es mirar al cielo, extender la mano, decir no se que cosas y reírse estrepitosamente. Después se pone a llorar. Eso me lo contó una monja que lo había visto.

Salimos. Vamos con nuestros rostros calientes a hundirlos en el frío de la calle. En la luz débil de la tiendas que nos mirarán pasar. En el bullicio de las cabezas y las palabras.

No hablamos. ¿Para qué? Ya se ha charlado mucho. Fumo. Le doy a él un cigarrillo y también se lo fuma.

Me he deslindado en mi pensamiento de Adolfo y me ha parecido que he andado solo. Pero no. Eso es una vaga ilusión, porque él ha viajado junto a mi lado. Asentando sus pies al mismo impulso que los míos. Erectos. Soberbios.

De improviso se para él. Me paro yo, y no me causa estrañeza el estar inmóviles ante la casa de ella. Lo había comprendido todo. Lo sabía ya. Adolfo me la muestra con el brazo extendido, como una sentencia. Oigo un grito amorfo y el crujir de los vidrios, en la ventana oscura y aislada de la casa. El no me mira....si me mirara lo mataría....Solo está plantado. Como un monumento....indicando. ¿Después? No me da la mano y se va...se va llorando....agobiado....tristemente....Yo no respiro y tiemblo, y camino, y me río, dejando plantado en la esquina, el poste centinela....como algo enorme que quisiera aplastarme.

XIII

Estoy metido en un estupor y en una inconsciencia, que no puedo vencerlas. Hago todo maquinalmente, porque creo que ya no pienso y no soy yo. Trato de quitarme esta idea, de desplazarla, pero me vuelvo impotente ante ella. Me río, grito, quiero llorar, quiero verlo de nuevo a Adolfo, quiero hacer todo y yo mismo no sé en que consista eso de hacer todo.....Las cosas me parecen irreales, fingidas....Este tintero, mi figura en el espejo, la curva del foco, la luz, la ventana, el camino que se aleja, el campo.....

Me quedo a veces inmóvil, sin pensar, sin nada, como un objeto, como esta mesa....



Parece ahora, que recién salgo de este atontamiento en el cual he permanecido mucho tiempo. Me doy cuenta que a ella no la he visto, que ya no soy enamorado, que las noches me paso durmiendo, que ya ha comenzado el nuevo año, que hay que estudiar, que Adolfo no asoma, que....que....que....

Ella fué antes enamorada de él. Yo los encontré una vez y tuve envidia. ¿Después? Fué en el cine. Y así vinieron los besos, con qué ardor, con qué devoción....Creo que he

césar ricardo descalzi

el hispano

sufrido mucho, porque mi cara está estrujada como una estopa. Porque me visto como quiera, y ya no tengo personalidad.....Vulgar....como todos los hombres....como ella.... etiquetada....coqueta... sin despegarse de prejuicios....con la rutina incansable del fingimiento....despreciable hasta el odio....¿Por qué me quiso a mí, si antes le quería a él?....¡Oh!



Me voy una noche donde mis amigos y les cuento todo. Me escuchan en silencio. Permanecemos así. Después habla el filósofo:

—Así te estrenas.

Me callo.

—Pero esas mujeres como son — dice el «americano», con cara de estupor.

El poeta:

—Son unas coquetas.

El tenorio se levanta con una mueca de indiferencia.

—Así es la vida.

Después todos permanecemos callados.



Voy al piano, y mi mano cae como una piedra para hacerlo gritar....

Después me sensibilizo y siento acordes.... Surgen....Salen....Y mi alma supo interpretar su tristeza, con un yaraví....



Tengo repugnancia de ir al Colegio. Es una tortura el verlo a Adolfo, que siempre

está triste. Me vienen recuerdos y no quiero que existan.

Un amigo mío me invita a su hacienda. Se llama no sé cómo y está bien lejos. Acepto y parto....Parto, viendo desde la cima del camino, la ciudad ahogándose....hundida....desesperada....Al verla así respiro, porque pienso que ya no pertenezco a ella.

XIV

Esa noche acababa de leer «Pan» de Knut Hamsun. Dejé el libro sobre el velador. Saqué un cigarrillo y lo prendí en la llama de la vela.

La soledad de los campos. El alma triste del paisaje, que producía emociones y nada más que emociones. A veces vienen unidas al recuerdo y allí es cuando el espíritu se sobrecoje, y se imprime de nostalgia, y llora uno sin saber por qué.

Salí al corredor de la casa de hacienda. De esta hacienda colocada en el centro de un valle, regada por un río y con bosques de eucalipto. ¡Qué simpática es la hacienda de mi amigo! El se fué a la ciudad por una semana y yo he quedado de patrón.

¡Qué soledad de la noche! No había luna y solo estrellas. ¿Qué podía hacer una noche como esas?

Había leído la historia de los vagabundos descritos por Hamsun. ¿Pero, acaso había cementerios para ir a rondarlos? Además no tenía un «Esopo» que me acompañe. Solo había un perro enorme, dormilón y medio raro, a quien yo de gana llamaba Ghismondo.

Me senté en un banco que había en el corredor. ¡Qué frío de la noche! Entraba y nos mordía. Me río de lo que pienso y medito en el hombre y en la inmensidad de los mun-

dos. Al mirar a las estrellas reconstruyo la escena del sabio....de Adolfo....y de....No. No quiero pensar en disparates.

Ghismondo viene a echarse a mis pies. ¡Oh este perro! Es un tipo que no hace nada. Siempre he notado que se levanta a la hora del ordeño. Como quisiera que Ghismondo aprendiese a ser igual al perro «Ésopo». Pero este perro se contenta con bostezar y nada más.

Mi cigarrillo se acaba y pienso. ¿Por qué se acaba mi cigarrillo? ¡Bah! Porque se hace humo y ese humo se va....se va y ya no es más. ¡Oh la vida corta del cigarrillo!

Es un milagro que la noche esté tan callada. Siempre hay siquiera un aullido de perro. Un silbido lento. El rondador de algún boyero perdido. Un murmullo de río. Pero el río hace dos días que está seco. No se oye nada. Tengo miedo. Es que el silencio arroja esa emoción en el alma. ¡Qué calladas están las cosas! ¿Por qué no se mueve el aire? ¿Por qué no viene el viento y agita ese bosque para sentir el amor de Cumandá? Ella era una india y él un blanco y se amaron ¡Oh el amor de Cumandá y Carlos!

Pero no debo de pensar en esto, porque la noche me impide. Vamos, pensemos en la música. En las flores. En el perro «Ésopo» que murió tan mal. En ese vagabundo que erraba por los bosques, porque era enamorado de las hojas, de las mariposas y alondras.

Entro al cuarto porque tengo miedo. Ghismondo queda soñando afuera.

XV

La tarde está tan cargada de sol, que me vienen ganas de dormir. Que fastidio es el estar soportando una atmósfera de plomo. Sudando sin hacer nada. Cansado de estar parado. De acostarse. De sentarse. De todo. Pienso que puedo pasarme haciendo dibujos, escribiendo un cuento. Pero no puedo coger la tinta. ¡Qué aburrimiento!

Salgo del corredor y veo los campos extensos de fatiga. Cansados. Todo de color ardiente. Es un dolor. La fuerza de voluntad me hace seguir un sendero, que conternea las sementeras de trigo. Voy con una rama azotando las espigas. Ghismondo me sigue atrás. Le digo que se vaya y no quiere. ¡Oh este perro tan perro!

Llego junto al río seco y me tumbo sobre la hierba, tras unos matorrales. Este sol de cansancio hace amarillas a todas las cosas. A lo menos así me parece. Es una idea mía y nada más. ¡Que pomposo es el estar acostado, mirando al cielo lleno de nubes, que se mueven haciendo: leones, caras y disparates!

Ghismondo se acuesta a mis pies. Que mi-lagro. Pero no pensemos más en él. Tengo fastidio en hacerle interesante. Al fin y al cabo él es perro y un perro no es gente.

Arranco las yerbas y las mastico. Siquiera hago eso. Las hojas de chilca de los matorrales se mueven nerviosas y me hacen sombra. Entonces comienzo recién a pensar: Estas hojas viven. Respiran el aire que yo arrojó. Elaboran la savia. Se tuestan a pleno sol. ¡Qué vida sin variación! Nacer. Vivir y después morir. Arranco dos. Desde ese momento son una cosa. Pobres hojitas muertas. Son un cadáver. Dos cadáveres. ¿Tendrán alma las hojitas esas? ¡Qué valiente majadería! Para pensar eso es preferible no pensar. Las estrujo y ahora no son nada. Mis dedos las han muerto, y ellas humildes no han protestado, ni con un grito de dolor. Seguirán por la tierra. Se harán polvo. ¿Y después?

Entonces veo a Ghismondo que se levanta ligero. Inquieto. Qué extraño es este perro. Corre y no le digo nada. Desaparece, y pienso en el alma que llevan los perros, especialmente esos perros flacos y amarillos. Felizmente Ghismondo es gordo y come carne. ¿Será Ghismondo desciente, porque es alto y no muere de hambre? Veo que mis ideas se mezclan y se hacen un alboroto. Digo callado: Son las leyes de la asociación.

Al fin he visto el sol esconderse tras una nube negra. Viene un viento que deja su frío en mi cara ardiente. ¡Qué sabroso es este viento! Ahora va estremeciendo, en hilera a las chilcas.

Me levanto y camino a ver a Ghismondo. Tengo curiosidad de saber donde se ha ido, porque oigo sus ladridos. Bordeo el río seco.

Escucho entonces un gruñido confundido con una mala palabra. Avanzo ligero. Allí está él. Lo suponía. Hace días que pensaba lo mismo. Ghismondo es un perro raro.

Jacinta se ruboriza. Pero ¿Qué vamos a hacer? El tiene la culpa. El y solo él. El que ha dejado suspensa una ilusión.

—Jacinta—le digo—Vamos.

Agacha la cabeza. Manuel se ha puesto de pie. Ghismondo sigue ladrándole. Yo ya sabía la historia de Jacinta y mi amigo, por eso no me impresionó verlos.

—Conque. ¿Fué eso?—les digo de gana.

No me responden. Los dedos de ella, manosean la gargantilla. Manuel no dice nada. Solo se escucha, el gruñido del perro.

Jacinta viene atrás. Llamo a Ghismondo a mi lado. El perro no me obedece. No regreso a ver, porque siento no se qué. Pero adivino que Ghismondo viene junto a ella. Porque comprendo que Ghismondo está....está.... Bueno. No está nada. ¿Qué estupidez pienso? Si. Este perro tiene alma de gente. Lo sé. Lo adivino. Que monstruosidad de ideas. Ahora me da vergüenza el haber pensado así.

Me entran ganas de estornudar y estornudo. ¡Qué satisfacción siento, al estornudar de golpe!

XVI

Me siento en la cama agobiado de incomprensión. Es que esto es un caos. No. No y no. No puede ser. El es perro y no piensa. Un perro no es gente.

De pronto no medito, porque en ese momento entra Ghismondo. Mira hipócritamente. De soslayo, y se enrolla en un rincón, sin decir nada. No le miro cara a cara, porque le tengo recelo. Porque le tengo vergüenza. ¡Oh la terrible vergüenza de un hombre a un perro!

Apoyo la cabeza en mis dos manos. No puede ser. Pero... ¿y lo que vengo viendo? Jacinta estaba callada en todo el camino. Es Ghismondo el que tiene la culpa. El y solo él. ¿Por qué me siguió atrás? ¿Por qué no se fué cuando le dije que se largue y no venga conmigo? ¿Dudaba de mi y de... es decir... ¿Sabrá entonces las cosas entre mi amigo y ella? ¿Pensaría que yo también?..... Aldabo la puerta y prendo la vela.

—Ghismondo ven acá—le digo.

Oye y me obedece. El rabo oculto. Las orejas gachas. Está nervioso. Tal vez comprenda que todo lo he maliciado. Se para en dos patas y se mete entre mis piernas. Le cojo las orejas y le digo:

—Ghismondo hablemos. No quieras ocultarme nada. Cuéntame como a un amigo. Tú eres perro, pero vas a hablar. Dime en con-

fianza y sin recelo. Lo sé todo Ghismondo, pero antes quiero oírte a tí. Quiero que tu hocico me lo cuente. Yo se que tú....Ya me comprendes. Tú eres un buen perro y eres inteligente. Bueno. ¿Sabes? Fué solo por tí que los descubriste. Eres un asesino del amor ese. ¿Qué te importaba a tí nada? ¿No sabías que ellos tienen derecho y pueden? ¿Por qué te levantas a la hora del ordeño? A ver, dímelo. Contesta Ghismondo. Perro grande, perro enorme con alma de gente. ¿Viste a ella como no te hizo ningún halago? ¿Comprendiste su dolor? Ten en cuenta que ella le ama y eso es todo. Inútiles son tus esfuerzos. Ghismondo, recapacita y piensa. Tú eres perro y ella es gente. ¿Acaso un perro tiene derecho de....¡Dios mío!....tiene derecho de...

Y no puedo más. Me confundo.

—Perro, perro, mil veces perro. Anda Ghismondo. Reacciona. Vaga por los campos. Conquistate a la Catalana la perra del mayordomo, que vive allá. Yo haré que te enamores de ella. Te ayudaré en todo. Pero déjate de inocentadas. Vive en tu medio, como todos vivimos en el nuestro. ¿Como? ¿Tú? ¿Lloras Ghismondo? ¿Un perro? ¡Oh qué romántico que eres! Se mas hombre y no hagas eso. Pobrecito perro que tienes alma de poeta. La novela de tu vida es el grito de tu raza. No llores mas Ghismondo, que me das pena. No llores mas.

Me levanto. Abro la puerta y doy un puntapié al perro a que se vaya saliendo. Cierro otra vez. Apago la luz. Me tumbo sobre la cama y comprendo que también yo he llorado.

XVII

Siguiendo una vereda que gira serpenteando, se llega al bosque. El bosque, silencioso y quieto. Cubierto de la hierba verde, que se extiende alfombrándolo. En el bosque se está tranquilo. Oyendo el susurro de sus voces, mirando a las hojas pequeñitas, soñando en muchas cosas.

Pasa un arroyo. Es un arroyo de agua cristalina, transparente, que se va mojando sin ruidos, sin saltos, con la dulzura apacible que le imprime el silencio.

Hay que remontarse un poco. Ir por las avenidas sonriendo de soledad y armonía ¡Qué apacible que es esta quietud!... Extendido sobre la yerba, pensando en la forma de los árboles....en el murmullo de la hojarasca, que se tumba bamboleante, sobre el césped quietecito.

Hay un trino que vibra y se prolonga llevado por los árboles, hasta el lindero del bosque. Tiene este pájaro plumas de colores y un penacho que se mece, empujado por el viento.....Permanezco absorto, escuchándolo, sintiendo el vaivén de su canto, modulado como una melodía....Me siento al borde del sendero.....Hay otros que se cruzan y salen al camino....Después me extiendo y me quedo abiertos los ojos....

Ghismondo no vino a mi lado. Se quedó

césar ricardo descalzi

so his mon o

mirando a Jacinta. Es un perro estúpido y
lorón y no lo quiero.

Ahora miro a esta mata. Esta mata es me-
jor que un amigo. Siempre que vengo al
bosque la siento esperándome. Cuando la
diviso meneas sus hojas y se pone contenta.
Le acaricio un poco y me siento a su lado,
a ver sus flores y el color de sus hojas. Ten-
go intenciones de charlar con ella como con
una muchacha y le cuento mi vida, y el tiem-
po malo.

—Ayer llovió fuerte—le digo—Ahora tam-
bién va a llover igual. Por eso se escuchan las
rimas del bosque. ¿No oyes? Está moviéndose...
charlando quedito....de manera que tú no
lo entiendas. ¡Ah! Es que eres pequeña y
puedes asustarte. Pero la lluvia te hace bien.
Así crecerás lozana, como una colegiala. Así
te amarán más y serás la preferida....no ten-
gas miedo....eres aún chiquita y los árboles
te cuidarán.

Las hojas se mueven. Tratan talvez de acu-
rrucarse en el fondo de este bosque, temerosas,
intranquilas. Tienen miedo al agua. A la
brisa que les estruja y les va dejando su frío.
Talvez a la soledad de la noche. A los hombres
que pasen hundiéndolas, al cruzar la vereda....

Oigo los pasos de Ghismondo que se viene
a galope, saltando entre las matas....salpi-
cando el agua cristalina del arroyo....viene
como una furia y me entran rabias.

La planta se acurruca contra el árbol, que
crece a su lado. ¡Ah! Es que le dió miedo
del perro.

XVIII

Desde entonces, yo odio a ese perro. Si. Lo odio.

Aseveraría una y mil veces. Ghismondo tiene alma de gente. La tiene. De no, no hiciera eso. Tiene alma de gente metida por castigo de alguien, en su cuerpo de perro. Pobre animal que ama lo imposible. Que quiere la unión de los perros y las personas. Creo entonces en la transmigración de las almas. En el castigo de los hombres malos, cuyos manes han viajado a las flores, a las hojas, a los perros vagabundos....No se explica de otra manera, que Ghismondo sea así. Por eso se levanta a la hora del ordeño, para gozarse en ella. Cuantos sacrificios del animal enamorado, pobre Ghismondo.

Me vienen ideas atroces. No. Eso no lo haría nunca. El remordimiento me mataría. Recuerdo aún la muerte del perro «Esopo» y me estremezco, porque me brota un gesto de protesta. No. Ghismondo no debe morir. ¡Que viva! ¡Que sufra! ¡Que sienta el dolor de lo imposible! ¡Que lllore! Será esta mi venganza. Mi venganza que ha brotado como una maldición, para ahogar la esperanza del perro. Satisfaré mis antojos, con la amargura pintada en el rostro de Ghismondo. De Ghismon-

do que no me ha hecho nada, pero que quiero que sufra. Se acabarán sus ilusiones cuando me vea con ella, porque yo 'he sufrido mucho, para no hacer sufrir al perro. El es el que tiene la culpa. Es él que tiene esa alma que me tienta. Si no hubiera existido....



Ahora tomo una taza de chocolate. Es Jacinta la que me trae. El perro viene tras de ella. ¡Que rabia que siento! Hago una caricia a la india a que lo vea él. Después, le cojo la cintura. El perro está celoso, pero es un cobarde. Me mira. Me mira y nada mas. Después se le va una lágrima. Yo me hago el disimulado y sigo acariciando a la india. Jacinta se deja y sonrío. Comprendo que se presta. No hace caso del perro y se me entrega. Ghismondo llora y se va inclinada la cabeza fuera del cuarto, mientras Jacinta oprime mi cuerpo y ríe histéricamente....

XIX

He montado a caballo, para ir a conocer un socavón que hay pasando el río. Voy solo. Creo que con las señas que me han dado, llegaré. Además hay pisadas en el suelo y la yerba acostada en una sola dirección. Ella es mejor que guía.

Al caballo lo llaman *Mariscal*. Yo no sé por qué. *Mariscal* tiene un buen paso y menea sus nalgas con lujo. Voy orgulloso sobre él. Parece que tengo una personalidad especial. Procuro llevarle por terrenos pelados, a que no estropee a las flores silvestres, que colorean el campo. Son las siete. Adivino porque a mi espalda, el sol se riega por la cima de los montes.

En el río, hay que buscar un vado. También me lo indicaron donde está.

Voy sin Ghismondo. Tuve que dejarlo encerrado, a que no me siga. Se quedó sumiso, obediente. Siento ganas de fumar y detengo al caballo, para buscar mi pipa. La encuentro. Meto tabaco y fumo. Hay que estar de vuelta para almorzar. Ahora, voy pensando en Jacinta y en mi amigo. Recibí una carta suya en la que me dice que esté tranquilo y que pronto va a venir. En la carta me cuenta otras cosas. Dice así:

«Querido Néstor:

.....
.....«La ví ahora a ella
en misa de doce. Iba con la boína y los
zapatos cafés. Al salir se encontró con uno
de tu colegio. Lo conozco por la gorra. Los
dos se fueron charlando»
.....

Al principio sentí una tristeza enorme ¡Ah!
Es que me la figuraba con su cintura apre-
tada. Sus senos redondos. Su risa. Su boca.
La boína....Tuve una crisis espantosa....Quise
llorar....pero me sobrepuse y la vencí....Aho-
ra estoy satisfecho de haberla vencido. Voy
viendo su figura, charlando con él... Besán-
dola....Estrechándola....y no tengo celos. Es
que ya no la quiero. Ya no la quiero. Ahora
la odio. La odio porque gritó esa noche, co-
mo una idiota, y porque sí.

¿El?....Lo sé. Es Adolfo que no podía vivir
sin verla y que lloraba como una mujer. Aho-
ra estará contento y no se acordará de otros
tiempos. Voy a escribirle. A decirle que yo
estoy bien. Mas gordo y que aquí en la ha-
cienda hay un perro que está enamorado y
que sabe llorar. Esto lo pondría como una
curiosidad. Como una noticia insignificante.
De gana. Preguntaría por los otros y le di-
ría si aún toma cerveza. Si Adolfo. Yo no
la tomo tiempos. Y quisiera beberla contigo.
Una noche. Tras un biombo. Oyendo un vals.

Llego a un bosque. En la entrada hay una
piedra enorme, como centinela. ¡Ah! ¿Por qué
se olvidaron de decirme que debía encontrar

un bosque? Así hubiera pensado lleno de ilusión en lo que encontraría en él. En otras flores. En otros árboles. En otras emociones.

Entro erguido. *Mariscal* va con paso solemne, religioso, como si comprendiera. Respiro empinándome, como para captar el aire embalsamado de la naturaleza. Me detengo y amarro al caballo a un árbol. Voy en busca de las flores, voy en busca de los insectos que habitan en estos lugares. Chapoteando al agua, que a mi paso se quiebra.

Estoy enamorado del silencio. Como quisiera estrecharlo con todas mis fuerzas, para que esa emoción se funda conmigo.

Hay gorriones y otros pájaros y un susurro espiritual de las hierbas, que se despiertan....Las flores amarillando.... desperezándose, cansadas de la noche.

Todo lo miro. Y en cada cosa que miro, siento un estremecimiento de felicidad. Como si estuviera recién contento, de ser un hombre y vagabundear.

Extiendo mis extremidades en un frenesí de alargarlas. *Mariscal* bebe agua y está tranquilo. ¿Avanzaré hasta el socavón? No. Es preferible quedarse aquí, enlazando las ideas. Místico con mis emociones. Satisfecho de mirar al cielo y sentir la caída de las hojas. Pongo mis manos por debajo de la cabeza y tarareo una canción. Esto lo hago sin querer, porque estoy pensando en Adolfo. En todas las noches que partía a verla. A hundir mi rostro en su cabello. A saborear sus pa-

césar ricardo descalzi

o r u m s i y e

labras y su voz. A sentir el palpitar de sus senos, de su aliento, de su alegría. ¡Oh!

Hundido aquí en el fondo del bosque... evocándola...romántico...romántico hasta el absurdo...sintiendo el roce de sus vestidos... aprisionando su cuerpo y sus ojos azules... La noche...y que noches...contándole lo que me ha dicho un amigo. Ella charlándome de que ayer ha puesto en el piano un tango, de que su hermano juega tennis. ¿Y después?

—Te quiero tanto...tanto...tanto....

—¿Yo?

No. No quiero recordar más, porque me sulfuro. Se me hinchan las venas del rostro y me vuelvo colorado, sintiendo el ahogo de estar metido aquí.

Adolfo. Si. Adolfo le espera a la salida de misa. Conque ella. Ella a quien nunca yo hubiera creído, de nuevo con él. Buscando que decirle esta noche. Llevándole flores. Y la luz...y el carretero y el muro de enfrente.. ese muro enorme en donde se proyectarán sus siluetas. ¡Oh!

Estoy nervioso. Colérico. Me levanto hecho una furia y pisoteo el agua a que se empañe, y arranco mechones de yerba, y me abrazo a un árbol para no llorar.

De pronto me sosiego. Es que *Mariscal* me mira con ojos enormes y tengo vergüenza. Si. Estoy portándome como un ridículo, y así no soy un hombre.

XX

A grandes pasos me paseo por el cuarto. Nervioso. Ghismondo acurrucado. Jacinta en la cocina. Tengo ganas de estar solo, y lo mando pateando al perro.

Fumo. Pienso. Escribo:

«Estimado Adolfo:

Ayer fui a conocer un socavón y tu recuerdo ha viajado a mi lado.

Hoy son las diez. Te escribo por no hacer otra cosa. Yo sé que tú, me estimarás siempre, como yo te quiero. Además nuestras vidas están ligadas desde esa noche en que bebimos la cerveza. ¿Recuerdas? A propósito, desde esa noche no volví a estar a tu lado, y fuiste todavía incorrecto. No me diste ni siquiera la mano. ¡Oh Adolfo! Y cuantas ganas tenía yo de estrechartela. Pero no importa. Aquí tengo otros amigos. Un perro. Los árboles. Tu recuerdo.

En fin, procura escribirme. Leeré tus cartas gustoso. También haré compartir de esta dicha a Ghismondo. ¿Sabes quien es Ghismondo? Un perro. Pero un perro racional. Tiene bastante de hombre. No te molestes por esto. Además.....»

De pronto me levanto sacudido de indignación. Me paseo un rato y cojo la carta, y la rompo, y la arrojó por la ventana a que sus pedazos se bamboleen y se esparzan.

Después tengo ímpetus de gritar desde aquí a Adolfo que es un llorón y un borracho, pero fuerte, fuerte, de manera que lo oiga:



Le cojo al perro. Hoy es carnaval Ghismondo. Si. Carnaval. Tú no sabías eso. ¿Verdad? Allá en la ciudad lo festejan con flores y risas. Yo no sé como lo pasan aquí. Pero ¿sabes? tenemos que hacerlo de cualquier modo. Si. Hagamos carnaval Ghismondo. Ya.

Tú tienes que reír. ¿Comprendes? Pero reír como nunca te has reído. Reírte con avidez. Como loco. Como idiota. Hasta que se desgarren tus mejillas. Así.

Si quieres puedes disfrazarte. Harás de Pierrrot. Tienes que ponerte un antifaz, un lunar, ojeras. El lunar te queda bien aquí. Ya.

Además tienes que cantar. ¿Cómo? ¿Que no sabes? No importa Ghismondo, harás lo que puedas. Ladra. Ladra Ghismondo. Yo te perdono tus ladridos. Déjate de pensar en Jacinta y comienza....que el carnaval se nos va pasando y aún no hacemos nada....Ríe...ríe ahora....ríe Ghismondo antes de que te patee. porque me da rabias el verte llorando.... Ya, ya, pero ya.

Y me levanto furioso y pateo al perro.... y lo mando afuera....y grito como un condenado.....¡Ah! Es que estoy loco. Loco de máscara. De risotadas y de perros....

Salgo corriendo. Busco a Ghismondo y lo empapo y lo baño y me gozo de haberlo mojado

XXI

Y así pasan los días y Ghismondo no come carne. Parece que se ha introducido en su cuerpo la figura seráfica de un sayal, una sandalia y el alma mística de Francisco de Asís.

Las noches del campo han variado y están que hermosas. Hoy ha salido la luna y todo es de color blanco, transparente, brillante, como una redomita de cristal. ¡Que noche para respirar a todo pulmón!

Saco mi pipa y me voy fumando por el carretero. Ghismondo me sigue. Y en la arena del camino hay la sombra pintada del amo y un perro viejo. Sí. Ghismondo está viejo. Se ha marchitado su vida y a pesar de que lo odio anda a mi lado. Pienso que mis palabras y mis ademanes han transformado su corazón de perro y me da rabias. Creo que ya no ama a Jacinta y me da pena de que no sufra más. ¿Talvez la seguirá amando sin que yo lo note? ¿Moriría ya ese amor vehemente, de Ghismondo a Jacinta?

Pasamos el puente. Silenciosos. Callados. Yo pensando en esto. ¿Y Ghismondo en que piensa? Estamos los dos solos y tengo miedo. La venganza de Ghismondo debe ser terri-

ble. Y la espero....Pero nada. Miro al perro de soslayo y su vista se cruza con la mía. ¿Estará pensando lo mismo que yo?

Nadie pasa por el carretero. El frío está fuerte. Ambos nos estremecemos. Procuro disimular todo lo que puedo y meto tabaco en la pipa. Es su última noche. Recuerdo la muerte certera que ese capitán le dió al perro «Esopo» y me preparo. ¿Mataré con estas manos a un perro que amó a Jacinta? ¿Y por qué no? El pobre sufre mucho y creo que mejor es librarle pronto de ese sufrimiento. Una risotada que lanzo al pensar eso, me hace a mi mismo estremecer.

Ha llegado el momento. Ghismondo camina como que no teme nada y me cree bueno. Saco el revólver que me dejó mi amigo y tiemblo. Pero todo está listo ya y no hay que desanimarse. Morir. Todos morimos, y además es solo un perro. Ghismondo no me ve. Pero yo me he vuelto tenaz y allá voy. Apunto al cuerpo y me tapo la cara. Un momento de descición....y disparo....No se oye nada, y veo al perro, al perro Ghismondo, que me ve con una dulce mirada. La bala no sale y Ghismondo se salva.

Tengo vergüenza. Estuve loco. Loco de venganza, con este pobre perro.

—Perdóname Ghismondo porque estuve loco. Era solo para asustarte.

Quedamos en silencio, y guardo el revólver. Caminamos maquinalmente y llegamos.

Se escuchan las risas desabridas del festín. Flautas y rondadores. ¡Oh como se divierte

esta gente! Pero al fin estamos allí. ¿Que hace Ghismondo? Me detengo. También se detiene él. Es que hay que tomar precauciones. ¿Comprenderá adonde lo llevo? ¿Y por qué no? ¿Acaso este perro no siente como la gente?

La casa está allí. Es una choza grande. Hay chamisa que alumbra la noche, porque la luna se ha escondido. Como se ven las caras trenzadas de los indios borrachos. Nos desviamos un poco. El perro vacila. Al fin se anima. Si. Lo ha comprendido todo, porque conoce el camino: diez, veinte, cincuenta veces. Va resignado mirando la tierra. No solloza ni dice nada.

Pero digo yo. ¿Por qué Ghismondo no se enamoró de la *Catalana*, así como los gatos se enamoran de las gatas? Es que quizá Ghismondo no es perro. Talvez es el alma de un artista que ha transmigrado a ese cuerpo.

Llegamos a escondernos tras de un cerco. De allí vemos todo, sin que nadie nos espíe.

Jacinta: Sus pechos de virgen se hallan desnudos. Su vientre fajado es una curva de belleza y baila. Ghismondo tiene razón al amarla. Su cuerpo de estética enorme, solo podía ser apreciado por el alma de un artista. Ella danza con un mozo. Pero hay otros tumbados al suelo, y hay indias viejas que sirven la chicha, mientras un longo amedrentado los ve desde lejos. Toques de «Sanjuanés» que emborracha a las mozas. El perro y yo sentimos escalofríos. Cojo a Ghismondo porque temo que se lance afuera y me descubra. El está lejos de eso. No aparta la vis-

ta de la india y ahora llora. Llora talvez de impotencia. Siento piedad por él y le digo:

—No llores Ghismondo. Cálmate un poco. Así son las mujeres. Así son todas ellas. No creas Ghismondo nunca en sus promesas. Oyes. ¿Por qué no la odias? ¿Por qué no la olvidas y te ríes como yo me he reído, siempre que la he recordado? Vamos Ghismondo. ¿Lo sabes ya? Hoy se casa Jacinta, y es con él. ¿Recuerdas? Los encontrastes tumbados en el suelo. Tú ladrabas. Creías que le agradaría a ella. No Ghismondo. Estás equivocado. Marchitaste una ilusión. Desbarataste su antojo. Si. Tú le libraste de la deshonra. ¿Pero acaso había para ella? ¿Ves? No te hizo ningún halago. Ni siquiera por política te agradeció. Bueno. ¿Y por qué no tuviste celos cuando yo en el cuarto?...Yo quería que te mueras de ira, y me amonaces Ghismondo. Pero eres un cobarde y me das lástima. No te importa que te insulte. ¿Pero entonces la quieres? ¿Todavía sientes por ella un amor? ¡Oh Ghismondo! Perro nacido con alma gitana. Pero...míra. ¿Ves como baila y sonríe con ese? Y él no es el Manuel. Se llama no sé como y trabaja allá abajo. Mírala ¡Qué coqueta que es Jacinta, Ghismondo! Ya no la quieras. Haz huír de tu mente su recuerdo. ¿Sabes?

Vámonos a la ciudad. Allí también dejé yo una, una Ghismondo que es así como Jacinta... coqueta. Y yo la besé Ghismondo. Pero no te asustes. Ella mató las ilusiones de un hombre y lo hizo loco...ella traicionó a un amigo... y ella Ghismondo, me quería a mí...Pero escu-

cha. El río viene esta noche crecido....gritando....quiere ahogar con sus ronquidos la fiesta de Jacinta. Vedla, vedla a ella como se esconde con ese otro. Tampoco es el Manuel. ¿Los distingues?....Desaparecieron.. Ahora escucha como se mueven esos trigales allá.... ¿Por qué se mueven Ghismondo? Pero no seas insensato, no quieras cerciorarte de lo que hacen. Así son las mujeres....

XXII

Ahora he pasado un poco tranquilo. He comido con mayor gusto y he dirigido algunas palabras a Jacinta.

—Mañana no me levanto—le he dicho—El café me lo traes a la cama.

Ella no me contesta.

Lo que le digo no es verdad. Porque mañana me levantaré como siempre y solo he hablado para ver con que humor está.

Indiferente fumo. Sin hacer caso de ella ni del perro que se acuesta a mis pies.

A la noche me envuelvo en la bufanda y salgo. Ghismondo me sigue como siempre. Hay un claror extendiéndose por sobre los campos. Es algo que me hace estremecer, con un poco de inquietud. Estoy metido en un sendero. Me imagino que voy a su encuentro y que esta noche es como todas las noches. Eslabono las ideas y estoy clavado, pensando.... Su casa inmóvil. Su silueta sonriente, pegada a las ventanas. Ya, ya es la hora. Pienso en lo que voy a decirle y está todo.

De pronto me yergo orgulloso, y me río como un condenado. Si. Mi carcajada ha espantado a los árboles, mis amigos. A la noche. Ghismondo está indiferente y no cambia.

en todo el camino. Estoy en el lindero del bosque...solitario...tranquilo...inerte....¡Qué santa quietud! ¡Qué devoción!...¡Oh los árboles inmóviles diciéndose!...Temo profanar el silencio y me contento con sentarme a la entrada. Ghismondo se pone a mi lado. Le miro con ojos tiernos y le comienzo a charlar.

—¿Has visto Ghismondo que tranquila está la noche? No hay nada que la turbe. Todo es paz...emoción bienhechora....¿Sientes el alma del bosque? ¿No lo comprendes místico y devoto? Todos esos árboles Ghismondo se aunen para hacerlo grande. Hasta esas plantas pequeñitas que se abrazan a los troncos. Hasta las flores que ahora se están durmiendo reclinadas....El agua que trae el arroyo.. todo....todo eso Ghismondo.

Suspiro. El no dice nada y se queda inmóvil, como un santo. Sigo:

—Tú debes de tener amigos. ¿Verdad? Pero tus amigos deben ser: la soledad, las yerbas, el campo....Todos tenemos amigos. Mis amigos eres tú, el bosque, esta noche transparente y serena. Imagínate como son. Nunca profanes el silencio pensando en futilidades. Hay que ser un poco más alto en las ideas. Si quieres amar Ghismondo, ama a la naturaleza que nunca te hará traición. Amala sin miedo. Con todo el impulso de tu corazón. Si sabes llorar, llora. Lloro Ghismondo pero donde nadie te vea. Y si lloras, llora por algo que valga la pena. No desperdicies tus lágrimas, llorando por mujeres.

Callo, para que Ghismondo recapacite y piense.

—Verdad. Recién lo recuerdo. ¿Tú no sabes mi nombre Ghismondo? Me llamo Néstor. Pero esto no es nada importante para tí. Yo así lo comprendo. No estés distraído Ghismondo. Vuelve a tu quietud. Has algo de provecho en tu vida de perro.....Ghismondo ¿que tienes? ¿por qué lloras? ¿Crees que no ví tus lágrimas cristalinas y grandes? No seas estúpido perro viejo. Se valiente como yo..... Como yo que se que me traiciona y no lloro....No hagas ridiculeces. Ríe de las mujeres, pero a carcajadas. Hay que vivir bien. Comer. Divertirse. Más tú, siendo perro. ¿Por qué no brincas como un muchacho y te ejercitas y haces sport? Así serás robusto y tendrás voluntad.

El perro salta a mi lado. Lo detengo. Lo acaricio. Pero él me lamo la mano y se va.. y se interna en el bosque, como un poeta.... como un vagabundo....



En mi cuarto descuelgo el rondador, y en el silencio de la noche atormento notas tristes y entono mi yaraví, que desde entonces lo llamo Ghismondo.

OPINIONES

CÉSAR RICARDO DESCALZI

XXIII

No hay nada que turbe la paz, en que vivo metido. Tranquilos los días. Tranquilas las noches. Bienestar y dulzura.

Jacinta ya no ordeña la leche. Vive con su marido en una choza que da hacia el río. Las noches voy a visitarla. Sonríe al verme. Sus ojos inquietos tienen mucho de malicia y el ritmo de ese cuerpo, un montón de lujuria. No. Jacinta no nació para casada. Nació para la ciudad. Para la alegría sensual de muchos hombres, para todo lo malo.

Cuando voy, Manuel me recibe hosco. Refunfuñando como un perro. Procuro no dar a esto importancia y les hablo sobre el campo.

—Hay que recolectar las mazorcas. He visto a las cañas secas y al maíz, en estado de cosecha. Esto hay que hacerlo pronto.

Manuel se calla, como si lo que yo le dijera no le interesara. En fin es un idiota y no hay más.

La casa de Jacinta tiene un olor a tostado y a piojos. A sudor. Pero un sudor malo, bien malo. A su alrededor no tiene ni un árbol. Nada que pueda decirse, la liga con los campos. Me da pena de eso y le digo:

—Debes de sembrar eucaliptos, a que to-

do esto se embalsame. Porque tiene un mal olor y puedes enfermarte.

Sonríe como una tonta, y prefiero quedarme callado. Me voy. No tengo que hacer nada allí. He visto la cara de ella, feliz y tranquila, sin la compañía del perro, ni sus suspiros. ¡Pobre Ghismondo! ¡Como lo han olvidado!



Ahora voy lento. Lentísimo. A paso solemne y perezoso. Como si el campo fuera una hembra, en quien he puesto mis ilusiones. Voy sintiéndolo todo. Todo. Hasta lo más hondo de mi mismo. Haciendo actuar las fibras de una sensibilidad estética. Recónditas. Metidas. Acurrucadas allí, en lo profundo de mi yo.

¡Ah mi yo interior desconocido! Desconocido para los bosques y la naturaleza entera. Desconocido para mi mismo pensamiento. ¿Qué personalidad nueva tendré encerrada dentro de mí? Como quisiera arrancarla, sentirla....

En la corteza de un árbol he escrito estas iniciales. Dice así:

G. a J.

Ahora recuerdo. Lo puse un día en que me iba solo sin saber que hacer. Las veo de nuevo. Intactas. Para mí representan la encarnación de una nueva vida. Al mirarlas recuerdo al perro, que se fué talvez vagabun

deando, en busca de otros campos, de nuevas emociones. Quizá Ghismondo aprendió algo de mí y quiso imitarme. Vagará...vagará como un perro....como un perro poeta y enamorado.....



Al entrar a la casa de hacienda, me entregan un paquete. Subo a mi cuarto a abrirlo. Son cartas ¡Oh! Talvez es Adolfo que escribe diciéndome que ha recibido mi grito, los papeles dispersos de la carta rota. Abro.. Valiente majadería...Retratos. Risas satisfechas. Caras amigas: el poeta, el tenorio, el «americano» y el otro. Leo:

«.....Oh como te extrañamos.....»

Tengo rabias y las rompo y las quemo. Porque yo a todos ellos los odio. Los odio con todas mis fuerzas. Con todo el latir de mi corazón. Los odio de gana. Por haber sido alguna vez mis amigos. Los odio en masa. ¡Ah! Es que esas cosas vienen a turbar la paz en que vivo metido, tranquilo, con la dulzura de ser.

epílogo....

Todas las noches rondo el bosque, en busca de Ghismondo. Pregunto a los árboles y a las plantas pequeñas si lo han visto pasar. Solo me responde la quietud y el silencio.

Mi pipa va en busca del perro vagabundo, estremeciendo la paz de las cosas, cuando la sienten venir.

Camino....errando....sintiendo en la noche apacible el alma de Ghismondo, que viaja talvez escondida, en el silbido del boyero cuando se apaga en la lejanía....

Toda anuncio o canje, que de este libro se haga, el autor agradecería se la envíe a la siguiente dirección:

Cómar Ricardo Descalzi

Hopatto de Ventanillas

Quito, (Pichincha)

ECUADOR S. A.